

PUNTO
ROJO

el harén del diablo

a. rolcest



BB

EL HAREN DEL DIABLO

HAL WARD



YERI Terman

426



A. ROLCEST

EL HAREN DEL DIABLO

Colección PUNTO ROJO n.º 212

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 11061 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: mayo 1966

© A. ROLCEST - 1966

sobre el texto literario

© PROVENSAL - 1966

sobre la cubierta

© COSTA y CARRILLO - 1966

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 1.924/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
946 — Signo sangriento.
- En Colección BUFALO:
655 — ¡Vienen los *Rangers*!
- En Colección SERVICIO SECRETO:
812 — Reto al «gangster».
- En Colección CALIFORNIA:
501 — La furia de las amazonas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
519 — Ases de fuego.
- En Colección COLORADO:
446 — El precio se paga en plomo.
- En Colección KANSAS:
353 — Trofeos de coyote.
- En Colección ASES DEL OESTE:
360 — Río frontera.
- En Colección BRAVO OESTE:
270 — Llamada al disparo.
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
174 — Huellas en el mar.
- En Colección METRALLA:
76 — Grecia al rojo.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
87 — El lago acusa.
- En Colección PUNTO ROJO:
192 — Póker y tumbas.

CAPÍTULO PRIMERO

En el aeropuerto los aguardaba un amigo. Era un poco mayor que los recién llegados.

—¡Darvi! —gritaron al que los esperaba.

Lo abrazaron, palmeándole la espalda. Un mozo, mientras tanto, se hizo cargo del equipaje para llevar coche.

El chófer cogió las maletas y fue situándolas en el vehículo.

—¡Tú no puedes darte cuenta de nuestro asombro! —dijo Hoad—. Continuamente estás en Chicago y no puedes notar el cambio. Pero ¡nosotros! Yo, hace más de quince años que no he venido aquí. Y entonces apenas estuve unas horas...

—Más tiempo hace yo —dijo el otro, Kerper.

Darvi, el que les esperaba, rompió a reír.

—¡Pues ahora tendréis ocasión de tomaros la revancha! ¡Podréis recorrer Chicago con toda libertad!

—¿Disponemos de tiempo? —preguntó Kerper.

—Oh, sí. Sois los primeros que habéis llegado. Lo menos hasta la semana que viene no aparecerán los «invitados» —contestó Darvi.

Ya estaban en el coche. De los cuatro que iban, el más joven era el conductor.

Hoad y Kerper, cuando se vieron en el centro de la ciudad, prorrumpieron en exclamaciones de asombro.

—¡No conocemos nada!

—No exageréis —dijo Darvi—. Lo desconocido para vosotros será lo que antes eran suburbios. Vamos a dar un vistazo.

Una hora más tarde, Hoad y Kerper estaban como atontados.

—Es que el tiempo también ha pasado por nosotros —confesó Kerper, rompiendo a reír.

—¡Aquellos tiempos! —exclamó Hoad.

Se referían a las postrimerías de la ley seca, la época que los dos alcanzaron teniendo veinte años, mano lista para utilizar la pistola y una insaciable sed de aventuras.

—¿Qué viejo jefe nos ha «invitado»? Tú no especificaste por teléfono de quién se trataba, Darvi.

—Es una sorpresa.

Se detuvieron ante uno de los más modernos hoteles.

—Tenéis reservada la habitación. En conserjería no tenéis más que dar vuestro nombre... Nuestro «anfitrión» no quiere que sus invitados carezcan de nada.

Y a cada uno le dio un sobre, que contenía billetes. Antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de decir nada, Darvi añadió:

—Dos preciosas señoritas estarán en un taxi a las nueve en punto, en aquella esquina. Ellas os llevarán a un club que ahora no reconoceréis, pero que os traerá muchos recuerdos, cuando averigüéis sobre qué sitio se levanta.

Darvi se quedó repantigado, riendo, mientras el chófer se disponía a sacar el equipaje y los dos recién llegados se apeaban, aturridos.

—¿Dos chicas guapas... del tipo que sabes que nos gusta? —preguntó Hoad.

Darvi asentía, sin dejar de reír.

—¡No os preocupéis! El «anfitrión» está asesorado por mí... Yo sé muy bien vuestras preferencias. ¡A divertirse, muchachos! Hacedos la ilusión de que tenéis treinta años menos...

Cuando el coche iba a arrancar, recordó:

—A las nueve en punto... Vestid de etiqueta. El club es de mucho rango.

Hoad y Kerper, más tarde, abierta la puerta de paso que comunicaba las dos habitaciones, se pusieron a hablar.

Eran dos tipos rudos. Uno tenía la nariz algo torcida y aplastada, por un golpe que recibió cuando Chicago era el centro de los «gángsters».

—¿Quién, demonios, se habrá acordado de nosotros? —Preguntó Hoad—, el que tenía estropeada la nariz.

Se pusieron a recordar nombres de antiguos jefes. La mayor parte ya habían muerto. Y los que vivían estaban demasiado alto para creer que tuvieran esa atención con antiguos subordinados.

Las dos habitaciones estaban a todo lujo. En un mueble bar tenían varias clases de bebida.

—¡Da lo mismo! —cortó Kerper—. Lo verdadero es que estamos aquí y que tenemos esto —sacó los billetes del sobre y los contó por tercera vez—. ¡Dos mil dólares! ¿Y tú?

—Lo mismo.

Se sirvieron un *whisky*. Luego se acercaron al balcón, para mirar a la calle. Estaban en un piso muy elevado y los coches eran puntitos lejanos.

—Quizá nos hayan llamado para algún «trabajo» —sugirió Hoad.

—No creo, deben saber que estamos en «desuso»...

Uno tenía un garaje en Boston. Éste era Kerper.

El otro, Hoad, trabajaba en el puerto, en Nueva York.

A las nueve menos diez estaban vestidos con el *smoking* que Darvi les pidió se proporcionaran antes de tomar el avión que los condujo a Chicago.

—Yo he alquilado esta ropa —dijo Hoad.

—¡Toma, y yo!

—Supongo que nuestro «anfitrión» nos dará para los gastos de vestimenta, viajes y los días que perdemos de trabajo.

—Darvi me dijo por teléfono que no nos preocupáramos, que quedaríamos contentos. Estos dos mil que nos ha largado ahora no tienen nada que ver con los gastos.

Quedaron mirándose y recordaron.

—¿Qué echas de menos? —preguntó uno.

El otro dirigió la mano al sobaco izquierdo.

—Aquí falta algo.

—¡Es cierto! —Y Kerper rompió a reír—. ¡Y sobra barriga!

Quedaron unos momentos frente al espejo. Se veían grotescos.

—Con esta ropa... teniendo treinta años menos, dábamos el golpe, cuando teníamos que operar en algún club. Todas las hembras estaban pendientes de nosotros —dijo Hoad.

Kerper miró la hora.

—¡Vámonos! Esas dos chicas ya deben estar esperando.

Bajando en el ascensor, preguntó Hoad:

—¿Habrás tenido en cuenta Darvi que a mí me gustan llenitas?

—¡Y a mí! ¡Mira que si nos endosa a dos fideos!...

Minutos más tarde, junto a un taxi, descubrieron a dos mujeres

altas, de soberbias curvas, que al verles les sonrieron.

Una era rubia platino. La otra, también rubia, pero tirando a cobre.

—¡Que buena vista ha tenido Darvi! —exclamó Hoad.

Se metieron en el taxi. La rubia platino le dijo al conductor:

—Al

«Rawbell's»,

ya sabe.

El chofer asintió con movimientos de cabeza. El taxi dejó una avenida y se metió por una calle transversal. Luego salió a otra avenida.

Los letreros luminosos e inquietos avivaban las fachadas de los edificios, Haciendo toda clase de guiños.

Se detuvieron frente a un club, en cuya fachada se veían flechas luminosas disparadas por un arco que sujetaba una mujer desnuda, cuya silueta estaba perfilada por luces.

Era el

«Rawbell's».

Un empleado de uniforme acudió a abrir la portezuela del taxi.

—¿Cuánto es? —pregunto Kerper.

La rubia platino manifestó:

—Ya está pagado.

El vestíbulo del club era muy lujoso.

—Ahora sólo falta que encontremos mesa —dijo Hoad.

—Quizá esté reservada para nosotros —aventuró Kerper.

—Que yo sepa, no —manifestó la rubia oscuro.

Ya estaban en la sala y todas las mesas se veían ocupadas.

—¡Vaya! ¡Ese Darvi! —exclamó Hoad—. Tendremos que irnos a otro club.

Entonces fue cuando la rubia platino reveló:

—En aquel palco está una amiga. Nos llama.

Una joven morena, que se hallaba sentada a la mesa de un palco, junto con un hombre de cabello gris, movía una mano, saludando al grupo.

—Es Syli —dijo la rubia platino, dirigiéndose a su compañera—. Nos indica que se marcha con su amigo... ¡Vamos a ocupar su mesa!

Tuvieron que salir de la sala y meterse por un corredor. Cuando llegaron al palco, la puerta ya estaba abierta.

El hombre de cabello gris ya estaba en pie, terminando de liquidar la cuenta con el camarero.

La joven morena y sus compañeras se saludaron efusivamente. La que se iba dirigió una sonrisa a Kerper y a Hoad. El hombre de cabellos grises inició una reverencia y salieron.

—¡Esto es suerte! —exclamó Kerper ya sentados.

El camarero intervino:

—Ya pueden decirlo los señores. Vaciarse una mesa a estas horas es una verdadera casualidad. Ahora es cuando van a actuar los mejores artistas...

Cerca del palco quedaba el estrado donde se hallaba la orquesta y donde actuaban los cantantes y bailarines.

A la hora de elegir los platos hubo variedad de opiniones. Cuando por fin se pusieron de acuerdo ya había empezado a actuar una de las estrellas.

Desde la sala, los habían mirado severamente varias veces, por el rumor de conversación que les impedía oír bien a la artista. La misma cantante tuvo que acercarse al extremo del estrado que quedaba muy cerca del palco y teniendo el micrófono en la mano, sin dejar de cantar los miraba y movía la cabeza, recriminándolos amablemente.

La sala estaba en penumbra. Cuando la cantante terminó su número, volvió a ser fuerte la luz.

Ya les habían servido la cena y no se preocuparon de si los de la sala los miraban...

Las dos mujeres quedaban más al interior del palco y apenas se las podía ver.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Hoad y siguió haciendo ruido con las mandíbulas por su forma de masticar.

—Dirna —contestó la rubia platino.

—Henía —dijo la otra.

—¡Bien, preciosas! —exclamó Kerper—. ¡Tenemos que alegrarnos!

Y soltó un taponazo. Era el de la primera botella que sacaba del cubo.

Actuaron dos artistas más, mientras Hoad y Kerper tragaban la cena. Las dos acompañantes apenas comían.

—¿Queréis guardar línea? —rió.

—¡Llenitas estáis más guapas! —dijo Kerper—. En otro tiempo, cuando nosotros vivíamos en esta ciudad...

—A propósito —lo interrumpió la rubia platino—. Darvi me dio un encargo, pero se me había olvidado. Quizá tenga importancia para vosotros... Es sobre este club. Me dijo: «Diles que el "Rawbell's"»

se levanta sobre los cimientos del que un día se llamó...». ¿Cómo dijo?

Y la rubia permaneció en actitud pensativa. Hoad y Kerper se quedaron mirándola, intrigados.

—Es algo de vestir... ¿Sombrero?... ¿Zapato?... ¡No, no! —decía la rubia mientras hacía esfuerzos por recordar—. Pero uno de vosotros localizará el nombre. Según Darvi me ha dado a entender, una noche se armó un tiroteo y uno de vosotros fue herido en el pecho...

—¡Yo! —exclamó Hoad—. Pero me llevé a dos por delante.

—Entonces, ¿recuerdas el nombre que tenía este club? —preguntó la rubia.

Los dos viejos «gángsters» se miraron sonriendo.

—«El Guante» —dijo Hoad como emocionado.

Miró a la sala. Lo mismo hizo Kerper. No tenía nada que pudiera recordarles la estructura del club que ellos conocieron de jóvenes, pero les bastaba con saber que el

«Rawbell's»

se levantaba sobre el que fue escenario de sangrientas luchas y apasionantes aventuras.

—El tiroteo de aquella noche fue el golpe de gracia para los muchachos de Tony Nagler —dijo Hoad—. Puede decirse que aquella noche la banda de Tony dejó de existir. ¿Tú no crees lo mismo?

—Sí —contestó Kerper—. Tuvimos pérdidas, pero Tony Nagler se hundió esa noche...

Ni se daban cuenta de que las luces habían vuelto a amortiguarse, para que destacara la artista que iba a actuar.

Momentos antes el camarero había colocado sobre la mesa una botella de *whisky*. Ni Hoad ni Kerper la habían pedido.

Durante unos instantes, la rubia platino estuvo muy atenta, mirando a la etiqueta. Y con disimulo consultó el reloj de pulsera.

Su rostro se alteró y miró a su compañera, casi sin poder disimular el miedo.

La otra comprendió y también miró el reloj. Con la mirada interrogó a su amiga. Ésta elevó cuatro dedos, después de mirar de nuevo la etiqueta de la botella.

—Necesito ir al tocador —manifestó la rubia platino, inclinándose sobre Hoad, que era el que tenía más cerca.

—Yo también —dijo la otra.

Tanto Hoad como Kerper apenas les prestaron atención. Ahora estaban con la imaginación reverdeciendo lo ocurrido aquella dramática noche.

Kerper se quedó mirando inmóvil la botella que había quedado en el centro de la mesa.

—Tenemos *whisky* —dijo y la cogió.

Al ir a destaparla, se fijó en la etiqueta. Hecha con lápiz rojo, había dibujada una calavera y dos rayas que querían significar unas tibias.

—Mira esto, Hoad —pero en ese momento Kerper reparó en los números que había un poco más abajo, en lápiz azul—. Cualquiera diría que esta botella contiene la muerte...

—¿Qué ocurre? —Y Hoad cogió la botella.

Debajo de la calavera los números escritos eran: «22'20».

—¿Y las chicas? —preguntó Kerper, al tiempo que miraba el reloj.

Fue una cosa instintiva. Los números, la desaparición de las dos mujeres, la botella en medio de la mesa, una botella de *whisky*, que ellos no habían pedido, pero que parecía surgida como la enseña que mejor podía representar la noche dramática del club «El Guante», donde el *whisky* era el caballo de pelea...

El reloj de Kerper iba retrasado dos minutos. Marcaba las 22'18 cuando el suelo tembló y surgieron dos chorros de fuego, uno de cada asiento que ocupaban Hoad y Kerper.

El estampido hizo vibrar la sala. Los más cercanos al palco sintieron un cuchillazo caliente que les obligó a cubrirse el rostro, mientras se dejaban caer al suelo.

En unos segundos, el local quedó sumido en el caos. En el estrado se hallaba actuando la cantante Perle Aston.

Estaba muy cerca del palco cuando se produjeron los estallidos.

La pared que formaba la baranda del palco contuvo los pedazos de las granadas, trozos de vidrio y de madera...

Pero muchos pedazos rebasaron la baranda y alcanzaron de lleno a la artista y a parte de la orquesta.

Hal Ward, pianista y compositor, era el director del grupo. Se encontraba al piano, de espaldas al palco y sintió en un costado un fuerte golpe.

Sobre el entarimado rodó una botella rota por el gollete. Algunos compañeros de orquesta soltaron los instrumentos y se echaron de bruces.

Hal Ward, pese al aturdimiento que sentía, reparó en la cantante, que seguía en pie, el rostro hecho una llama de sangre.

Se lanzó sobre ella, la cogió en brazos y desapareció por un lado del estrado. Algunos de la orquesta también se retiraron, arrastrándose.

Dentro del palco había dos hogueras. Una la formaba el cuerpo de Hoad, que había quedado aplastado contra la baranda.

El otro, Kerper, después de salir despedido a lo alto, cayó de bruces sobre la mesa y allí permanecía, con los brazos y las piernas colgando, también envuelto en llamas.

La gente se volcaba, buscando la salida. Todas las maneras cuidadas de segundos antes, las ceremonias, el levantarse los caballeros por el hecho de que se acercase una dama a su mesa, todo había quedado convertido en una estampida de selva...

Con los extintores del club, consiguieron apagar el fuego que envolvía los dos cadáveres y que amenazaba con propagarse a todo el local.

Antes de que llegara la policía, Hal Ward ya había lecho que atendieran a Perle Aston y, con algunos compañeros, había regresado al estrado, para salvar los papeles de música y los instrumentos que les pertenecían.

El piano tenía en la madera varias señales de vidrio. Al inclinarse Hal para recoger unos papeles de música, su mano tropezó con el casco de botella que le había golpeado el costado derecho.

Estaba cortada por el principio del cuello, como si hubieran utilizado un cuchillo para cortar una materia blanda.

Era la botella de *whisky*. Y vio el dibujo de la calavera, las tibias

y los números.

—¡Malditos salvajes! —decía el trompeta, Jerry Keenan.

Tenía en un lado de la cara una gran mancha de sangre, pero la herida era muy superficial.

Los compañeros miraban al palco donde estaban actuando los extintores. La sala ya había quedado vacía. Parecía que un poderoso huracán había pasado por allí.

En el camerino grande donde se reunía la orquesta, estaban varios artistas, aterrorizados.

—¡Pobre Perle! —Era la exclamación de todos sus compañeros.

Hasta sus enemigos sentían lo ocurrido. Perle Aston tenía enemigos en la profesión, debido a su arrolladora personalidad. No era ya una artista joven, pero seguía siendo la dueña de los públicos.

—¡Hay que llevarla al hospital! —dijo el doctor Holt, que era como del club, pues todas las noches estaba allí y frecuentaba los camerinos.

Fue debido a su inclinación a permanecer en los departamentos de los artistas lo que evitó que la riada de clientes, buscando la salida, lo arrastrara con ellos.

—Te llama —dijo el doctor, acercándose a Hal.

Éste acababa de guardar la botella en un cajón. Maquinalmente, se tocó el costado golpeado e hizo un gesto de dolor.

—¿A ver? —Intentó el doctor examinarlo.

—Nada roto, por ahora —contestó Hal—. Mire a los compañeros.

Tres tenían sangre en la cara y las manos. Mientras el doctor les prestaba atención, Hal pasó al aposento de Perle Aston.

La encontró tendida, con la cara llena de vendas.

—Esto... es el fin —murmuró, cogiendo una mano de Hal—. ¡Lástima... no poder ver tu triunfo!

—¡No digas tonterías, Perle! ¡Apenas tienes nada! La sangre es escandalosa...

La policía había llegado. Y las ambulancias. Se suponía que eran varios los heridos que no podían valerse.

Había habido algunos miembros rotos entre el personal que huía, pero cuando se hizo la calma se vio que la catástrofe no había tenido las proporciones que se temió en un principio.

Los magullados por las pisadas del público iban camino de las clínicas en su propio coche o utilizando vehículos que ofrecían los mismos que momentos antes se comportaron como manada de búfalos en estampida.

La más grave era la estrella Perle Aston.

La policía entretuvo a artistas y músicos hasta la madrugada. Cuando Hal iba a ser interrogado por tercera vez, ahora no por el jefe de policía local, sino por el inspector federal Gerson, avisaron:

—Del hospital desean que vayas, Hal. Perle se está muriendo... Quiere hablarte.

El inspector Gerson era un hombre de unos cincuenta y tantos años, envejeciendo prematuramente, si se tenían en cuenta las arrugas de su rostro y el color de sus cabellos.

Pero era muy fuerte y tenía períodos en que desarrollaba una actividad que muchos de apariencia más joven y robusta no conseguían.

—¿Puedo ir con usted, Hal? —preguntó el inspector.

Pero antes de que el joven músico contestara, dijo el federal:

—Es lo mismo... Iré a verlo en su hotel. A la hora de almorzar. ¿Le parece?

—Poco podré decirle, inspector. De toda la orquesta, soy quien se encontraba de espaldas al palco.

Hal Ward le contestaba bruscamente. Se notaba que estaba muy afectado.

—Vaya a ver a esa pobre mujer. Me limitaré a interrogar a sus compañeros.

Hal no esperó más. Unos minutos más tarde, se encontraba en un ascensor, acompañado de una enfermera y al poco era introducido en la habitación donde se hallaba Perle Aston.

No le podía ver la cara. Las vendas dejaban solamente la abertura de la boca. Por allí salía algo que quería ser un silbido muy conocido del público.

Era el silbido con que Perle Aston solía interrumpir la vocalización de cualquier cancioncilla, para seguir la melodía silbando.

—Hal —se oía su voz muy apagada, casi sólo era un soplido pasando por la abertura del vendaje—. Te hablé de una chica... mi alumna...

—Sí. De Yeri Terman.

—No la dejes...

—Pero me dijiste que se rebeló y que no sabes dónde está...

—Ya lo sé... En mi habitación del hotel... encontrarás una carta que recibí hoy... ¡No la dejes! Es rebelde... ¡Vale mucho!...

Hal no se movió de la habitación hasta que Perle Aston expiró. Ya era de día cuando salió del hospital.

Los titulares de los periódicos llevaban a toda plana el atentado en el

«Rawbell's».

Uno preguntaba: ¿Es que se vuelve a los tiempos sin ley?

CAPÍTULO II

Hal Ward salió del hospital, llevando un documento en el que se le autorizaba para disponer de cuanto Perle tenía en el hotel y en el club. Firmaron como testigos un doctor y dos enfermeras.

En el momento de entrar en la habitación de Perle se hizo acompañar del gerente del hotel.

—Más tarde haremos el inventario —dijo ya dentro de la habitación—. Ahora lo que me interesa es hacerme con determinada carta que Perle recibió ayer.

¿Ayer? Yo mismo le entregué la correspondencia. Sí, tres cartas le di... Otros días ha recibido muchas más. Recuerdo que lo comenté, en broma: «¿Cómo tan pocas hoy?». Y me contestó: «Vamos cuesta abajo». Lo dijo riendo ya sabe cómo era Perle.

Mientras hablaba el gerente, Hal revolvía papeles qué había dentro de una maleta. La carta que le interesaba no se hallaba allí. La encontró dentro de un bolso que estaba colgado en el armario ropero.

«... Nos ha costado localizar a esa joven porque no actúa con el nombre de Yeri Terman. Ha estado unas semanas trabajando en clubs modestos en Detroit. Ahora se dispone a regresar a Chicago. Quizá ya esté ahí, al recibo de esta carta...».

—Ya tengo lo que quería —dijo Hal—. Volveré más tarde. No abran a nadie esta habitación.

—¿Y si viniera la policía?

—Adviértales que debo estar presente.

Hal regresó a su hotel. Los compañeros, la mayoría con esparadrapos en la cara, le estaban aguardando.

—La noche habrá sido muy negra para ti —le dijo el trompeta Jerry Keenan, un tipo fornido, de unos treinta y cinco años.

Todos querían y admiraban a Hal, pero Jerry era el que más había intimado con el compositor.

—¡Pobre Perle! —exclamó Sullivan, el bajo de la orquesta.

Otro compañero quiso despejar la deprimente atmósfera.

—Te has librado de los cargantes policías, Hal. ¡No tienes idea de las preguntas que nos han hecho, cuál más absurda!

—Bueno: eso de que te has librado de la policía es otro cantar...

—replicó un compañero—. El inspector Gerson ha dicho que vendrá a hablar contigo a la hora de almorzar.

Hal Ward dio suelta a los nervios.

¡Lo mandaré al diablo! ¿Qué espera ese hombre que le digamos? ¡Estábamos trabajando cuando ocurrió todo! ¡Las preguntas, a los camareros!

—Las han hecho. Los tienen fritos, sobre todo al que sirvió a las dos parejas. Que si las chicas eran rubias, que si eran morenas... Que si altas, que si bajas... ¡Las muy zorras, desaparecieron a todo correr, segundos antes de que estallaran las bombas! —decía Sullivan, el bajo de la orquestina.

¡Porque fueron dos bombas! —agregó Jerry—. ¡Sincronizadas a un reloj! Parece que estaban pegadas con ventosas o tiras de esparadrapo bajo los asientos de los dos individuos.

El regordete Dubow, que tocaba los instrumentos de percusión, indicó con el gesto a Hal y dijo:

—Es mejor hablar de otras cosas. Todo son suposiciones... La policía no ha podido aún deducir la verdad de cómo ha ocurrido.

Un compañero preparó un *whisky* a Hal y éste lo tomó, ensimismado.

Un empleado del hotel anunció:

—Abajo hay un grupo de periodistas que quieren hablar con ustedes.

—¡De ésta queda fijo para siempre «Hal Ward y su orquesta»! —comentó Dubow, siempre en plan de broma.

Pero Hal se sentía agotado.

Recibidlos vosotros. Voy a echarme un rato.

Se fue a su habitación y se acostó. No confiaba en dormirse. Pero unas horas más tarde, tuvieron que golpear fuerte en la puerta para conseguir que despertara.

Quien llamaba era el inspector Gerson.

—Es la segunda vez que vengo al hotel —dijo, como disculpa—. Sus compañeros me indicaron que estaba durmiendo y aplacé la entrevista. ¿No ha almorzado todavía? Yo tampoco... Si quiere, ordenaré que nos sirvan aquí. Tenemos que hablar y no conviene que nos interrumpen.

Hal permaneció unos momentos mirando al inspector, como preguntándose qué hacía allí aquel hombre.

El músico era un tipo fuerte, de rostro moreno y ojos oscuros. En aquellos momentos, con el cabello revuelto y expresión ausente, daba el efecto de uno que todavía no se ha desprendido de los flecos de una noche de juerga.

—Pida usted el almuerzo... Voy a ducharme —se agarró la cabeza—. ¡Los estallidos se me han quedado aquí dentro!

—Es sorprendente —contestó el policía—. Ya sé que sus oídos de músico no son los corrientes... Pero usted está avezado a estallidos mayores... «capitán» Ward.

Desde el cuarto de baño, contestó Hal:

—Vietnam quedó lejos, inspector. Y también mi condición de militar.

—Apenas catorce meses le separan de la jungla, donde lo recogieron mortalmente herido...

Esto ya no pudo oírlo Hal, porque la ducha se había abierto. Era verdad que catorce meses atrás, Hal Ward estaba habituado a los disparos de ametralladora, al estallido de proyectiles de mortero y de aviación.

Durante año y medio, apenas disfrutó un permiso de unos días, ni siquiera en Saigón. Jungla y poblados míseros. Y acechanzas.

De teniente ascendió a capitán, por méritos de guerra. De pronto, su compañía se vio en una emboscada del Vietcong. La sorteó y dos jornadas después cayeron en otra.

Una madrugada, con lo que quedaba de su compañía, llegó a una posición defendida por compatriotas. Hal Ward tuvo el aliento suficiente para decir su nombre y el número de su compañía. Cayó,

desangrado.

Seis semanas después era autorizado a abandonar el hospital y a regresar a los Estados Unidos. Estaba en situación de poder solicitar la incorporación a los servicios auxiliares, pero renunció a ello. Pidió la licencia absoluta.

Al recobrase, había tomado vigor la aspiración que tuvo cuando era un adolescente. Componer música, tener la propia orquestina...

No podía quejarse de los compañeros que, desde el primer momento, le rodearon. Los que integraban la orquestina eran buenos músicos y excelentes muchachos.

En cuanto a los sitios donde habían actuado, si bien en un principio los lugares eran de poco relieve y estuvieron mal retribuidos, desde hacía unos cuantos meses, iban imponiéndose en los mejores locales.

Cuando Hal salió del cuarto de baño, el inspector ya estaba ordenando, sobre una mesa, el almuerzo de los dos. Una mesita con ruedas contenía parte del servicio.

—Ya tiene usted otra cara, Hal —dijo el inspector—. Perdóneme mi alusión a sus tiempos de capitán. Ya sé que usted esquivo siempre hablar de ello. Pero no lo he hecho por afán de molestarle. Como tampoco deseo ensombrecerle si le hablo de Perle Aston. Sé cuánto le estimaba ella.

—Era una, buena amiga, inspector. Nada más... pero tampoco nada menos —contestó Hal, mirándolo de frente.

—Lo sé. He tenido el honor de contarme entre las amistades de Perle y no hace aún ocho días le oí hablar del talento musical que usted posee y de lo cruel que resulta ver cómo se gasta en lugares tan poco apropiados como los clubs nocturnos, donde no se va a escuchar...

—No es tan perjudicial endurecerse en los clubs, si se tiene el firme propósito de volar más alto. Conozco esa forma de hablar de Perle. Ella notaba obsesionada en que había malogrado su carrera...

—Y era verdad. Pudo ser mucho más de lo que ha sido —hizo una transición y agregó—: Sé que lo ha nombrado su albacea.

—Se refería a su ropero y demás chucherías.

—Es que Perle no tiene nada más, Hal. A ustedes procuraba darles la impresión de que le sobraba todo, pero ganaba lo justo para el tren de vida que llevaba. Años atrás ganó mucho dinero,

pero, mal aconsejada en inversiones de bolsa lo perdió todo.

Empezaron a almorzar.

—No es para hablar de asuntos financieros para lo que he venido aquí... Necesito su ayuda, Hal. Sé que usted está agradecido a Perle. No dudo que querrá vengaría...

Por unos instantes, pareció quedar el músico aplastado bajo la furia del soldado debatiéndose en la jungla. Hal se había transfigurado.

—¡Haría lo imposible por dar con los culpables!

Enseguida se apaciguó, haciendo un gesto de desaliento.

—Aunque nada iba contra Perle, estoy seguro.

—Yo no estoy tan seguro. Ya sé que en el palco había dos individuos que estaban sentados encima de los artefactos. El atentado parecía dirigido contra ellos dos...

—Pero ¿por qué ese refinamiento? ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Se sabe ya?

El inspector asintió.

—Dos antiguos «gángsters» ya fuera de circulación —el inspector sacó una cartera y de ella algunos recortes de periódico—. Todos son atentados tan retorcidos como el de anoche... Le leeré éste.

Resumió el texto de un recorte de periódico. En una populosa avenida de Nueva York, a pleno día.

—Aparca un lujoso coche deportivo y se apea una mujer rubia —dijo el inspector—. Se mete en una tienda de modas... y un minuto después el coche estalla, cogiendo al individuo que lo conducía sentado al volante. La mujer rubia se esfuma...

Hal lo miraba, confuso.

—¿Qué relación puede tener?...

—¿Con lo de anoche? Que el que estaba sentado al volante era de la misma «promoción» que los dos individuos del palco. Claro que éste del coche deportivo no fue en los tiempos del Chicago de la Prohibición, un soldado de a pie. El sujeto estaba situado más alto. Después de la Prohibición, se trasladó a Nueva York y allí prosperó en negocios más o menos limpios... Aquí hay otro caso. Y otro... En todos funciona un artefacto por un sistema de relojería. Trabajan al segundo exacto. El día que eso fallara, cogería en medio a la «dama» que los lleva a la muerte. Según el camarero que sirvió a los

del palco, las dos mujeres salieron con el tiempo justo... Ah. He visto la botella que usted guardó en su camerino. ¿Por qué lo hizo?

—Quería guardarla...

—¿Qué le impulsó a ello?

—Quizá el mismo deseo que impulsa al soldado a guardar el proyectil que se clavó en el árbol, unos centímetros más arriba de donde tenía la cabeza. Esa botella dio contra mí —y se tocó el costado golpeado.

El inspector sonrió.

—Pero no fue por eso solo... Usted vio unos dibujos en la etiqueta. La vida tiene cosas que imponen. ¿Por qué se ha salvado la parte de la botella que tiene el dibujo?

—¿Significa mucho?

—Creo que demasiado... El camarero dice que en el corredor se le presentó un hombre vestido de *smoking*, que le encargó una botella de *whisky* de determinada marca. «Es para obsequiar a esos amigos. Una sorpresa». El camarero la trajo, el hombre la cogió, trazó el dibujo y marcó los números... ¿Comprende? Daba la hora a las dos mujeres para que salieran...

Durante unos momentos, el inspector no hizo otra cosa que comer. Hal permanecía pensativo.

—¡A las veintidós veinte, Perle estaba todas las noches en su primer o segundo número! —exclamó Hal.

—¿Infaliblemente?

—Las actuaciones se llevaban en el «Rawbell's»

con una exactitud de minutos. Es una manía del empresario...

El inspector hizo una mueca.

—He interrogado al empresario sobre esa manía... El dice que todos los clubs que ha dirigido se han caracterizado por la excelencia de los artistas que han actuado y por la puntualidad. Eso lo están comprobando. Aquí en Chicago ha tenido tres clubs, antes de adquirir el

«Rawbell's»...

Pero fíjese en la hora: 22'20... ¿Querían coger a Perle Aston?

—¿Por qué? ¡Hemos podido caer nosotros!

—También... Pero la cantante suele acercarse a esa punta del estrado, que queda tan próxima del palco y de las primeras mesas...

Era verdad. El entarimado tenía la forma triangular, con los tres lados desiguales. El más largo se inclinaba hacia la derecha de la sala, avanzando como la proa de un barco que fuese a enfilear los palcos.

—El estallido pudo coger a Perle más lejos del palco... Quizá no pretendían más que ella pudiera ver cómo ocurría el «ajuste de cuentas» —sugirió el inspector.

—¿Ya sabe que se trata de un ajuste de cuentas entre «gángsters»? —preguntó Hal, con escepticismo.

—Sigo el rastro de estos atentados y siempre encuentro un eslabón que los une. Todas las víctimas tuvieron algo que ver con las bandas que actuaban en Chicago, en el último período de la Prohibición...

El inspector cogió la botella de vino y se sirvió un vaso. Después de apurarlo, declaró:

—Esta mañana he estado en el hotel donde se hallan inscritos los dos que murieron anoche. El ascensorista les oyó comentar que el que los había invitado a pasar unos días en Chicago era rumboso. «Tengo ganas de conocerle», dijo uno.

Se entretuvo encendiendo un cigarrillo.

—Estaban en Chicago como invitados... por alguien que no sabían quién era. Esto es un eslabón que enlaza con otro atentado ocurrido hace tres semanas en Atlanta.

Hal se levantó y se puso a pasear. De vez en cuando, se tocaba el costado.

—El individuo caído en Atlanta tampoco sabía quién le había reservado una habitación en uno de los mejores hoteles. Apenas llegar, cuando todavía no había tenido tiempo de abrir las maletas, llamaron a su puerta. Era una mujer morena. Muy atractiva, según los empleados del hotel... La mujer estuvo unos minutos conversando con el individuo y se marchó. Seguramente concertaron verse en determinado bar, situado en las afueras... Ella llegó primero y se sentó a una mesa. Cuando llegó él, estuvieron unos momentos hablando. Ella fue a la cabina del teléfono, marcó un número, habló y sin cortar la comunicación salió de la cabina. El camarero que les servía oyó que ella decía: «Ahora podrás saber quién te invita. Está al aparato, esperándote...».

El inspector hizo una pausa. Se puso en pie y permaneció

mirando al balcón.

—El camarero dice que vio al hombre dentro de la «cabina», hablando animadamente, riendo... Una conversación larga. Sí. Lo suficientemente larga para que el camarero se olvidara de la mujer que quedaba esperando. De pronto, vio que ella había desaparecido, dejando a medio consumir la ginebra que le había servido. Creyó haber oído un coche que partía... Todo esto se amontona en la cabeza del camarero. Súbitamente todo tembló. La «cabina» ardió. El barman y el camarero cayeron al suelo, aturcidos...

El inspector se quedó mirando a Hal.

—¿Le parece poco retorcido este atentado? El que lo preparó, seguramente se permitió el lujo de permanecer escuchando a su víctima, hasta la última fracción de segundo... La mujer debió dejar la carga adherida al teléfono... La conversación tenía que durar el tiempo previsto...

Ahora el inspector no miraba a Hal. Se paseaba y daba el efecto de que pensaba en voz alta.

—Pero ¡el atentado de anoche!... ¡En el «Rawbell's»!

¿Por qué allí? ¡Traer a esos individuos a Chicago, simplemente para meterlos en el palco de un club y pulverizarlos!... Según los empleados del

«Rawbell's»,

todo estaba previsto. Al llegar las dos parejas, los que ocupaban el palco se levantaron, cediéndoles el sitio.

—¿Cómo demonios no han detenido todavía a ninguno de los complicados? —preguntó Hal, entre indignado y burlón.

—A estas horas no debe estar ninguno, en Chicago... En cuanto a las mujeres, apuesto diez contra uno a que las rubias de anoche son ahora morenas, o cobrizas. Quien lleva todo esto dispone de un plantel de mujeres atractivas, que tal vez ni siquiera conocen al que les paga. Una especie de harén del diablo...

—Usted ha dicho que en todos los atentados existe un eslabón. ¿Puedo saber en qué consiste?

—Puede y debe saberlo, pues necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? No soy más que un músico.

—Que sabe disparar armas de fuego y que está instruido en «judo» y «karate».

Hal se puso en guardia.

—¿Pretende que actúe de policía?

—No... y sí. Usted puede seguir siendo un músico, el jefe de su orquesta. Pero se dejará llevar por el nuevo representante artístico que yo le proporcionaré.

—Ya tengo uno.

—Sí. El mismo que representaba a Perle... Pero con lo ocurrido, usted y sus muchachos... pueden alegar que piensan dar un nuevo rumbo a sus actuaciones. El

«Rawbell's»

está cerrado y ustedes no tenían otro contrato.

—Veo que está informado.

El nuevo representante les proporcionará contratos más ventajosos, desde el punto de vista económico y también artístico... Además, sus actuaciones tendrán el atractivo de la variedad... No llegarán a un sitio para quedar estancados. Conocerán muchos escenarios distintos, incluso fiestas privadas. Tal vez una semana estén actuando en Miami, pongamos por ejemplo y a la semana próxima se presenten en San Francisco, o más al Norte, en cualquier ciudad de Oregón o en cualquier villa de algún magnate...

—¿Mi orquestina ha de servir de señuelo?

—Su conjunto puede ser un buen instrumento para observar en determinados ambientes. En el Departamento tenemos a un joven agente que es músico. Usted podría incorporarlo a su orquestina.

—¿Qué es?

—Batería, saxo, pianista... Aprendiz de todo y oficial de nada. Pero podría hacer bulto y guardarle a usted y a sus muchachos las espaldas.

—Quizá mis compañeros no acepten.

Usted sabe que todos están deseosos de vengar a Perle. Todos están agradecidos a esa pobre mujer.

—Eso es verdad. Gracias a ella, empezamos a actuar en locales de alguna, categoría.

—Pues el agradecimiento se demuestra andando... ¿Cuándo quiere que le acompañe a recoger las cosas de Perle? Me interesan sus papeles. Quizá encuentre algo importante.

—Podemos ir ahora mismo.

Ya iban a salir, cuando Hal colocó una mano sobre un hombro

del inspector.

—¡Oiga! Se ha dejado sin contestar una pregunta. ¿En qué consiste el eslabón que encadena todos esos hechos?

—Uno muy simple: todas las víctimas fueron un tiempo mortales enemigos de determinada banda que iba camino de adueñarse de Chicago. El jefe tenía capacidad. Con un poco de suerte, hubiera podido eclipsar el historial de tipos como Capone... Pero le cortaron el paso demasiado pronto. Yo estaba entonces en mis primeras actuaciones como federal. Y recuerdo la noche en que me vi en medio de una verdadera batalla de «gángsters». Como nuevo, me mandaron vigilar un club de pésima fama... Acababa de sentarme, cuando empezó el tiroteo. Esa noche, el que iba para rey del hampa, Tony Nagler, tuvo su Waterloo...

CAPÍTULO III

Mientras Hal hacía el inventario, el inspector leía las cartas de Perle Aston.

Cuando más enfrascados estaban en la tarea, llegó un subordinado del inspector Gerson.

—¿Conseguiste todos los datos sobre Hughes?

—Aquí están los clubs que ha regentado desde que llegó a Chicago... Hemos interrogado al personal. Y ninguno de los que trabajaron para Hughes recuerda que el empresario impusiera una férrea disciplina a los artistas, para que actuaran al minuto exacto.

—Muy curioso. Sin embargo, en el «Rawbell's»...

¿No es cierto, Hal?

—Todos los que han desfilado por ese club, desde que nosotros trabajamos allí, podrán atestiguar que el empresario nos exigía la actuación al minuto exacto que se había programado. Esto creaba a veces verdaderos conflictos.

—Parece que esa manía por la puntualidad le entró al hacerse cargo del «Rawbell's».

Ya hablaré con ese hombre... Sigamos.

Hal continuó anotando y el inspector, leyendo cartas. Sonó el teléfono y lo cogió el subordinado de Gerson.

—Es para usted, Hal —dijo el policía.

—Algún aviso de los compañeros. Les dije que me llamaran aquí.

Hal cogió el auricular. Escuchó unos momentos y dijo:

—¡De acuerdo, Jerry! ¡Ahora llamaré al hospital!...

El inspector dejó de leer las cartas. Pero no se movió del sitio.

Hal pidió a la centralita del hotel el número del hospital. Una vez establecida la comunicación:

—Con el doctor Kanner... Está esperando mi llamada.

Se oyó la voz de la empleada pidiendo comunicación con el doctor Kanner. El inspector y el subordinado permanecían juntos, a algunos pasos tras de Hal.

«—El doctor Kanner al aparato...».

—Soy Hal Ward. ¿Llegó esa joven?

«—¡Sí! Y ha dado el nombre que usted suponía... Está muy afectada. Le hemos dicho que espere unos minutos, para preparar el cadáver...».

—¡Entreténgala con cualquier pretexto! ¡Voy enseguida!

Cuando dejó el teléfono, miró gravemente al inspector.

—Le ruego que no intervenga en esto. Se trata de una muchacha que está al margen de este asunto...

—¿Se refiere a la joven que se rebeló contra Perle? —¿Usted lo sabía?

Perle misma me lo dijo. Lamentaba haber sido tan dura con esa muchacha. Quería disciplinarla para evitarle los tropiezos que Perle tuvo en el principio de su carrera. Pero reconocía que se excedió... ¡Conque ya ha aparecido!

Hal sacó la carta que cogió por la mañana y se la dio al inspector.

—Le anunciaban que Yuri venía a Chicago... Tal vez llegó ayer y esperaba la oportunidad de presentarse ante Perle, para reconciliarse. Esa joven debe estar muy abatida.

Después de leer la carta, preguntó el inspector:

—¿Usted la conoce?

—No. Perle nos decía que tenía una alumna con muchas cualidades y que cuando la considerara lista para, actuar, nos la presentaría.

—Le llevaré en mi coche al hospital... Pero no se preocupe, que no me acercaré a ella.

—Quiero libertad de acción. He de saber cómo piensa esa chica. Si al salir del hospital nos metemos en algún bar, no quiero que nos vigilen.

—Descuide. Ya nos veremos a la noche...

Momentos después, cuando estaban llegando al hospital, el

inspector le dio una pistola y una licencia.

—Nunca deje de llevar esto encima.

—Todavía no he aceptado su proposición, inspector.

—No importa. Esto es para su defensa.

—Yo no corro ningún peligro...

—No esté tan seguro. Ya se debe saber que Perle le nombró su albacea.

—¿Y qué?

—Aquí llevo todos los papeles que he encontrado en la habitación de Perle. Guardo también algunas cartas que nada tienen que ver con un admirador, o con el arte de Perle. De algunas cartas se desprenden veladas amenazas... He de leerlas detenidamente. Hágame caso: lleve el arma.

El coche se detuvo al pie de una escalinata. Momentos más tarde, el doctor Kanner acompañaba a Hal a la habitación donde se encontraba sentada Yeri Terman.

Antes de abrir la puerta, el doctor dijo:

—Vaciló al presentarse como «Ellen Gratz». Se advertía en sus ojos la lucha que sostenía consigo misma, por no decir la verdad.

Al abrir la puerta, la joven que permanecía con la cabeza inclinada, la levantó y fijó la mirada en los dos hombres.

Hal vio un rostro de facciones finas y grandes ojos claros. Sus piernas eran largas, de trazo perfecto.

Al ver a Hal, la muchacha hizo un movimiento de sorpresa y se levantó. Era un cuerpo de sugerentes contornos, magníficamente formado.

—Me llamo Hal Ward...

—¡Sé quién es! —contestó ella—. Le he visto actuar.

El doctor dijo:

Tan pronto den el aviso de que pueden verla, se lo comunicarán, señorita «Gratz».

—Perdone que mintiera antes. Mi nombre es Yeri Terman —y mirando a Hal—: ¿Lo sabía usted?

—Perle me habló de una joven que se llama así. Pero yo a usted es la primera vez que la veo.

El doctor se marchó, cerrando la puerta. La muchacha hacía esfuerzos por mantenerse serena. De pronto, se dejó caer en el asiento y, cubriéndose el rostro con las manos, prorrumpió en

sollozos.

—¡Fue horrible!. ¡Tenía el rostro borrado por la sangre!...

Hal se inclinó sobre ella, sorprendido:

¿Es que estaba usted en el

«Rawbell's»

anoche?

—¡Sí! Fui con una amiga... Quería hablar con Perle... ¡Pedirle perdón!... Llegamos cuando ella salía para actuar y nos quedarnos en la entrada de la sala. Había otras personas de pie y yo procuré escudarme tras ellas, para que Perle no me descubriera. Me dio el efecto de que presentía que yo estaba allí, pues no apartaba la mirada del grupo que me cubría... Y de pronto...

No podía apartar de su mente la imagen de Perle Aston, durante los segundos en que, con el rostro lleno de sangre, quedó inmóvil, como convertida en estatua.

—¡Vi cómo usted la cogía en brazos!... ¡Y ya nada más vi! ¡La gente me arrastraba, a la calle!...

De nuevo se cubrió el rostro con las manos. Hal esperó unos momentos.

—Perle le quería mucho... Sus últimas palabras las dedicó a usted... ¿Por qué se apartó de ella? Había momentos en que tenía mal carácter, pero los que la conocíamos sabíamos que eso desaparecía enseguida...

—No fue por sus ratos de mal humor. Yo la conocía muy bien. Fue porque un día discutimos sobre una oportunidad que me habían ofrecido para trabajar en un club... ¡Se opuso, empleando palabras que me indignaron! Nunca me había hablado así... Le contesté que, acaso, en vez de ser mi maestra, era mi enemiga. Vi que le había hecho daño y proseguí en esos términos. Dije cosas crueles... Que si temía que yo la desplazara y otras cosas así. Perle escuchaba, callada. De pronto, levantó una mano y me pegó: «¡Vete!»... y desaparecí.

—Perle no merecía eso —dijo Hal, de pie en medio de la habitación, de lado a la muchacha.

—¡Dentro de mí hay un demonio que me impulsa a veces a herir al ser que más estimo! ¡Demasiado sé que Perle no merecía eso! Durante dos años, he estado viviendo a su costa. Ella pagaba mi pensión, mis vestidos, mis maestros de música y baile...

—¿Dónde residía usted?

—El primer año, en Richmond. Luego, en Baltimore... Siempre que Perle tenía una oportunidad, venía a verme y me daba lecciones. Pero tardaba demasiado la tan anhelada autorización: ¡«Lista para actuar»!

Hal se arrimó al balcón, desde el que se podía ver el jardín.

—¿De veras quiere verla? —preguntó.

—¡Sí! ¡Quiero pedirle perdón!...

Después de un prolongado silencio, Hal dijo:

—Me rogó que cuidara de usted. Todo sería más sencillo si usted no ofreciera resistencia. Debe confiar en mis compañeros. Todos queríamos a Perle y todos verán en mí y en usted un desdoblamiento de nuestra buena amiga.

Se volvió para mirarla. Yeri permanecía otra vez con la cabeza inclinada. El cabello, rubio oscuro, se le había volcado sobre la cara.

—¿Qué planes tenía usted, al llegar a Chicago?

—¡Ya se lo he dicho! ¡Conseguir que Perle me perdonara!

—¿No está ligada a ningún, contrato?

—¡No! ¡Vine completamente libre! Yo sé que Perle no me hubiera admitido, sabiéndome atada por algún contrato.

—¿Dónde se hospeda?

Yeri dijo el nombre de una modesta pensión.

—Puesto que nos ha visto actuar, conoce a todos mis compañeros. ¿Sólo nos vio anoche?

—Oh, no. En tres ocasiones, Perle consintió que asistiera al club donde ustedes actuaban. La única condición que me ponía era que no me presentara a ustedes.

—Cuando salgamos del hospital, iremos a la pensión para que recoja sus cosas. Se alojará en el hotel donde estamos nosotros. Eso quiere decir que a partir de ahora formará parte del grupo...

Para Yeri fue una grata sorpresa. Se levantó, muy animada. De pronto, se mostró desalentada.

—Usted lo hace porque Perle se lo pidió, no porque crea que sirva como cantante.

—Me basta con conocer la opinión que Perle tenía de usted. Aun suponiendo que usted apenas tuviera voz, su presencia se encargaría de que el público lo olvidara —dijo Hal, sonriendo.

La muchacha estuvo unos momentos como poniendo orden en sus ideas.

—¡Le estoy muy agradecida, Hal!... No sabía a quién dirigirme.

Una enfermera entró en el gabinete.

—Cuando quieran, pueden verla.

El semblante de Yeri se demudó. Hal la cogió de un brazo.

—Si no se atreve, déjelo. Ya de nada sirve...

—¡Quiero verla!

En la cámara donde se encontraba Perle estuvieron unos momentos, solos. El rostro de la muerta seguía cubierto con vendajes.

Yeri se decidió a cogerle una mano. A su contacto frío, la muchacha estremeciósse. Pero no soltó la mano.

Al otro lado se encontraba Hal, mirándola al rostro.

—Le prometí cuidar de usted —dijo Hal muy bajo—. Prometa ante ella que procurará, dominar sus rebeldías...

Los ojos claros de Yeri adquirieron un verde intenso al mirar al hombre.

—¿Qué teme de mí?

—Que no pueda adaptarse a nuestra forma de trabajar. Quizá llegue un momento en que crea que avanza poco, estando a nuestro lado. Si llegara ese caso, prometa ahora que me lo expondrá francamente. Yo le aseguro que si veo que su oportunidad ofrece garantías, la relevaré de todo compromiso con nosotros.

La muchacha se sentía confundida. Las últimas horas habían sido muy negras para ella. Había regresado a Chicago, defraudada por las miserias que había entrevisto en jóvenes que, como ella, pretendían avanzar.

Yeri había sabido escapar a tiempo. Pero, en el momento en que se situaba frente al estrado donde estaba Perle, la artista experimentaba en toda clase de triunfos y mezquindades, la que pretendió que Yeri se mantuviera limpia y que dominara a los públicos por su arte, se producían los estallidos de los artefactos.

Junto al dolor de saber muerta a su protectora, estaba el terror al abandono en que de pronto se vio. Chicago le pareció un monstruo que inevitablemente iba a devorarla...

—¡Iré con ustedes! ¿Qué más puedo desear? —balbució Yeri, ahogándose.

—Está bien Yeri... Quedas ligada a nuestro grupo...

Se colocó al lado de la muchacha y la cogió de un brazo. Lentamente, se encaminaron a la puerta. Allí se volvieron.

—Quizá se presente la oportunidad de vengarla —dijo Hal.

—¡Oh, si se pudiera dar con los culpables!

A Hal le pareció que era demasiado pronto para revelar que el grupo iba a tener la misión de actuar en sitios donde quizá encontraran alguna orientación que los encaminara hacia el maníaco de las bombas.

Ya fuera de la cámara, Hal volvió a hablar con el doctor Kanner.

—El entierro será a las diez —dijo el doctor—. Ya lo saben los periodistas. Perle Aston va a recibir un homenaje póstumo. Mucha gente se está dando cuenta ahora de lo que querían a esa mujer...

Saliendo del hospital, Hal manifestó:

—Es cierto. Cada hora que transcurre, noto más la falta de esa gran compañera.

Cogieron un taxi para ir a la pensión. Yeri permanecía callada, con los dientes apretados, para no dar salida a los sollozos. La pensión era de ínfima categoría y se encontraba en una callejuela. Hal dedujo que la muchacha debía encontrarse muy mal de dinero, para escoger un sitio semejante.

Ella pareció adivinarlo y dijo:

—Vine aquí porque mi amiga Meckie ya ha estado otras veces en esta pensión...

—¿Ella, a qué se dedica?

—Actúa en los clubs como bailarina. Ella es la primera en reconocer que nunca será nada como artista... Es muy clara hablando. Cuando sepa qué voy con vosotros, se alegrará. No aprobó nunca que me separara de Perle.

En el mostrador de recepción había un muchacho. Al ver a Yeri quedó como encandilado.

Hola, Bill. Prepara la cuenta mientras recojo el equipaje...

—¿También se marcha? —preguntó, disgustado.

—¿Por qué también?

—Mi padre ha dicho que la señorita Meckie pidió la cuenta, al poco de irse usted. Pero todavía no se ha ido...

—¡Me alegro! Quiero despedirme de ella.

—Quizá la esté esperando. Cuando he relevado a mi padre, me

ha dicho: «Ésta es la cuenta de la señorita Meckie». Pero todavía no ha bajado...

Yeri y Hal emprendieron la escalera. El muchacho corrió para decir:

—¡Se me olvidaba! Mi padre me ha encargado que cuando la viera, le dijera que él tiene algo que entregarle de la señorita Meckie.

Yeri se golpeaba una mano con la llave de su habitación.

—¿Tu padre se ha ido?

—No. Se ha echado un rato. Cuando usted vaya a irse, lo despertaré.

Terminaron de subir la escalera y emprendieron un largo y sombrío pasillo.

—Ésa es la habitación de Meckie. La mía es la que sigue...

Iba a pasar de largo para abrir y luego llamar a su amiga, cuando reparó en que la puerta de su compañera estaba entornada.

—¡Meckie! —llamó, al tiempo que daba con los nudillos en la puerta.

Las bisagras gimieron. La puerta tenía tendencia a quedar abierta de par en par y apenas tocarla empezó a deslizarse.

Yeri se estremeció. Iba a gritar, cuando Hal la cogió de los hombros y la apartó del marco de la puerta.

En el suelo había una mujer joven, con la ropa destrozada. En el cuello, tenía liada una media.

Al apartar a Yeri, tropezaron con la otra puerta, la que pertenecía a la habitación de la muchacha y la puerta cedió.

Todo permanecía revuelto. Los vestidos por el suelo. El colchón destripado...

Ese mismo desorden existía en la habitación de Meckie.

—¡No te muevas de aquí! —dijo Hal—. ¡Enciértrate hasta que yo vuelva! Yeri creía que iba a salir de la pensión y se agarró a él.

—¡No me dejes aquí!

—¡Sólo voy a despertar al dueño!

No fue necesario, porque el propietario, un hombre grueso, de mediana talla y calvó, apareció por la puerta que había al final del corredor.

Iba en mangas de camisa y tenía el gesto de estar aún medio dormido.

—¿Qué sucede?

—¡Muy poco! —contestó Hal.

—¡Han asesinado a Meckie! —exclamó Yeri, cubriéndose el rostro con las manos.

El hombre calvo palideció. Como un autómatas, fue avanzando hasta llegar a la habitación de la muerta. Y allí quedó inmóvil, la mirada fija en el cadáver.

—¡Me pareció... que estaba asustada... cuando me dijo que se iba!...

En el extremo del pasillo había un teléfono. Hal iba a telefonar, pero decidió aplazarlo.

El muchacho llegó corriendo, atraído por el grito de Yeri.

—¿Qué le dio la muerta para Yeri? —preguntó Hal.

—Ah. Un paquetito... Lo tengo en mi habitación. Tráelo, Bill. Está encima de la mesa.

Mientras el muchacho cumplía el encargo de su padre, éste explicó:

—Sí, la señorita Meckie parecía muy alterada. «¡Entréguele esto a Yeri!». Y me dio el paquetito... Ella volvió a su habitación para arreglar el equipaje y yo me puse a liquidar la cuenta, de la otra vez que estuvo aquí...

—¿Es que se fue sin pagar? —preguntó Hal.

—No tenía importancia. A veces se iba tan deprisa, que ni siquiera podía recoger el equipaje. Desde cualquier ciudad me giraba la cuenta y me daba instrucciones para que le enviara sus cosas.

El muchacho regresó.

—¿Es esto?

—¡Sí! —dijo su padre, dándoselo a Yeri.

La muchacha iba a abrirlo, pero Hal le indicó con el gesto que se metiera en la habitación. La joven obedeció.

—¿Todas las habitaciones están ocupadas? —preguntó Hal.

—Las de esta planta, sí, todas. Porque una que quedaba vacía, la ocupó un hombre, a los pocos momentos de haberme dicho la señorita Meckie que se marchaba. No me dio tiempo de ajustar la cuenta. Tuve que atender a ese hombre...

Y se interrumpió, haciendo un gesto de terror.

—¡Ese hombre! —exclamó—. ¡Trae la llave del nueve, Bill!

El muchacho se fue corriendo.

—¿Sospecha de él? —preguntó Hal.

—¡Sí!... Al entrar, se quedó mirando la nota que ye hacía. Leyó el nombre de Meckie, estoy seguro... Cuando le di la llave, sonreía. Había algo muy raro en su sonrisa... ¡Ha sido él!

El muchacho regresó con la llave.

—¿Para qué quieres abrir su habitación? —pregunté Hal.

—Para ver su equipaje. Traía una maleta. Al ir yo a cogerla, no me ha dejado. La ha llevado él mismo hasta su habitación... Al rato, ha salido.

—Sin la maleta —testificó el muchacho.

El propietario de la pensión abrió. La maleta estaba sobre una silla. La sopesó.

—¡Lo que yo me figuraba: vacía!...

Hal iba a entrar, pero en ese momento apareció Yeri, muy pálida, con un papel en las manos.

—¡Lee esto, Hal!

A él le bastó leer las primeras líneas para tomar una decisión:

—¡Hay que avisar al inspector Gerson!

Se fue al teléfono y, durante unos momentos, estuvo aguardando a que le pusieran en comunicación con el inspector Gerson o con cualquiera de sus subordinados.

Mientras esperaba, leía la nota que Yeri había encontrado dentro de una cajita de cartón. Se refería a lo ocurrido la noche anterior en el «Rawbell's».

«... Conocía a las dos que acompañaban a los individuos que murieron en el palco. No te lo dije, porque no esperaba que ocurriera nada. Luego, cuando la multitud nos separó, fui tras ellas... Lo ocurrido a Perle me enloqueció. ¡Y hablé! ¡Hablé... sin tener en cuenta al “chivato”!».»

Hal dejó de leer. En ese momento el inspector Gerson se ponía al aparato. Hal le refirió rápidamente lo que ocurría.

—¡No toquen nada! ¡Estamos ahí en unos minutos!

Hal regresó al lado de Yeri. El propietario de la pensión y su hijo permanecían quietos.

—Vayan abajo —les dijo Hal—. La policía está al llegar. Padre e hijo se marcharon. Hal siguió leyendo:

«... No tuve en cuenta que ellas también llevaban un “chivato”, como lo llevaba yo. Te lo dejo Yeri... ¡Ten cuidado cuando te ofrezcan regalos como éste! Haz que lo examine un técnico de confianza... ¡Sí tocas algún resorte, NO HABLES!».

Hal miró el destripado colchón.

—Seguramente, buscaban esto —dijo Yeri, dándole un ancho mechero de gas.

Hal lo cogió con cuidado y estuvo unos momentos observándolo. Parecía un mechero normal. Pero cualquiera de sus tornillos podía poner en acción algún peligroso mecanismo.

Hal lo dejó sobre una mesita, junto con la carta.

—Sí. Con toda seguridad buscaban esto. Al no hallárselo a Meckie, han supuesto que lo tenías tú. ¿Anoche llegaste a ver a las dos mujeres qué estuvieron en el palco?

—Yo estaba demasiado emocionada, esperando que apareciera Perle y no miré al palco. Pero Meckie debió verlas en el momento que salían...

En el corredor se oyeron pasos. El inspector Gerson y algunos agentes de la policía local acababan de llegar.

Después que Hal hubo referido cómo dieron con la muerta, manifestó:

—He creído que este asunto le competía, inspector, debido a lo que la muerta dejó escrito.

En la habitación de Yeri, leyó el federal la carta de Meckie. Cuando terminó, con la mirada interrogó a Hal. Éste señaló la mesita donde estaba el encendedor.

El inspector hizo una seña, indicando a todos que permanecieran callados. Se acercó a la mesita, cogió el encendedor y después de observarlo, con la yema del dedo índice hizo girar la cabeza de un tornillo.

La cabeza se soltó, impulsada por uh muelle. El inspector dio con el encendedor en la palma de la mano izquierda y salió una barrita, de color plateado.

—El «chivato» se ha quedado sin pulmones —comentó, en voz alta.

Yeri miraba, sin comprender.

—¿Qué es eso?

—Una emisora microscópica —contestó el inspector. Y mostrando la plateada barrita, agregó—: Esto es la batería.

Mientras Yeri recogía sus cosas, el inspector interrogaba al dueño de la pensión. Hal no se separaba de la muchacha.

—Uno de nuestros coches les llevará al hotel —dijo el inspector—. No salgan de allí. A la noche iré a verles.

Los acompañó hasta la puerta de la calle. Al llegar al mostrador de la administración, el propietario ya estaba en su puesto.

—¿Dónde dice usted que estaba el paquetito, cuando llegó ese individuo? —preguntó el federal.

—Ahí encima. El acodóse aquí, casi tocándolo. ¿Buscando el contenido de ese paquete es por lo que ha destripado los colchones?

—Sí. Pero no lo lamente, se le indemnizará.

—¡Yo sólo lamento la muerte de la señorita Meckie! Era una gran chica...

—Ya me hablará de ella.

Esperó en la puerta hasta que el coche partió.

—No he llegado a conocerla a fondo —dijo Yeri—. Tenía cosas extrañas... A veces se me quedaba mirando como si me odiara. Luego, de repente, se volvía muy afectuosa. Cuando le dije que estaba dispuesta a reconciliarme con Perle, lo aprobó diciendo: «Sólo una mujer como Perle podrá evitar que no caigas en la “gran telaraña”, como hemos caído tantas».

—La gran telaraña —repitió Hal, pensativo—. ¿Tú qué significado le diste a esas palabras?

Yeri vaciló:

Supongo que quería decir... Las claudicaciones que muchas tienen que hacer para abrirse paso.

—Por lo que le ha ocurrido a esa chica, se refería a algo más complicado y peligroso.

Y Hal recordó lo que, almorzando, le dijo el inspector sobre los

atentados en los que siempre había intervenido alguna mujer atractiva.

—Lo que Meckie definió como gran telaraña, debe ser una organización que dispone de un plantel de mujeres bonitas, sin más misión que cumplir órdenes —dijo Hal, como hablando solo—. El inspector lo llamó de otra manera...

Lo que dijo el inspector Gerson fue que se trataba del harén del diablo.

CAPÍTULO IV

Los compañeros de Hal acogieron a Yeri con sincero afecto y todos se propusieron que la muchacha se sintiera en todo momento bien protegida.

Cenaron sentados a una misma mesa. Hablaron de música, de las actuaciones de la orquestina. Para nada aludieron a Perle. Menos aún, se sacó a relucir lo ocurrido en la pensión.

—Yo procuraré adaptarme a vuestra manera —dijo Yeri—. Cantaré y bailaré como Hal considere mejor. Vuestra orquestina tiene un sello especial, que ya va conociéndose en los más importantes clubs. Eso he podido comprobarlo directamente.

—Pasado mañana empezaremos los ensayos —dijo Hal.

Cuando salían del comedor, llegó el inspector Gerson. La habitación que habían destinado a Yeri quedaba entre la de Hal y la del trompeta Jerry.

—Conviene que usted esté presente en mi conversación con Hal —dijo el inspector, dirigiéndose a la muchacha.

En la habitación del joven se efectuó la entrevista. El inspector sacó una polvera abollada y ennegrecida. La dejó sobre una mesita y dijo:

—Estaba en el palco...

—¿Otro «chivato»? —preguntó Hal.

—Sí. Debieron dejar la polvera sobre la mesa, para que en todo momento quedara controlada la conversación de los dos «gángsters».

—¿Qué alcance tiene esta emisora?

—Unos cien metros... Por la carta que ha dejado Meckie, se desprende que, cuando se acercó a las dos «sirenas» que dejaron a los individuos en el palco, las amenazó con poner al descubierto su

criminal misión. El individuo que las controla debía estar cerca... ¿Usted llegó a Chicago con Meckie?

—Sí —contestó Yeri.

—¿Fueron directas a la pensión?

La muchacha asintió.

—Desde que llegaron, ¿recuerda haberla visto hablar con algún hombre? Alguien que pareciese un viejo amigo.

Yeri estuvo unos momentos pensativa.

—Ayer al mediodía teníamos decidido ir a almorzar a un restaurante de la barriada. Pero Meckie recibió una llamada telefónica. Y cambió de parecer. «Iremos a un restaurante mejor»... Y allí fue donde Meckie habló con un hombre. Sólo estuvieron unos momentos juntos, en la puerta del restaurante. Yo ya me había sentado a la mesa.

—¿Notó algo particular?

—Meckie sabía disimular sus emociones, pero se notó que estaba nerviosa cuando se sentó. «Es un antiguo pretendiente. Un cargante», me dijo, al sentarse.

—¿Podría describirme a ese hombre?

Apenas le vi... Sé que vestía muy bien. Bueno, sí: recuerdo sus ojos, algo saltones. Los recuerdo porque los sentí unos momentos resbalando sobre mí. No me gustó su mirada y miré para otro sitio...

El inspector había traído una cartera de cuero. De ella sacó una carpeta.

—El dueño de la pensión nos ha descrito una cara, lo mejor que ha podido... Aquí hay algunos bosquejos. No se precipite. Mírelos y si nada le dicen, no tenga inconveniente en manifestarlo.

Le mostró cuatro láminas en las que había dibujadas a lápiz media cara, la parte superior. En una la frente era estrecha y los ojos achinados. En otra, más ancha, los ojos redondos.

Yeri apartó un dibujo, sin vacilar.

—¡Eran unos ojos así, como de rana!

De la carpeta sacó el inspector otra lámina. Pero ésta tenía dibujado todo el rostro.

—¡Sí! ¡Era una cara así! —dijo Yeri, con convicción.

Dentro de la carpeta había otros dibujos, en los que la parte inferior de la cara variaba. Los mostró.

Pero Yeri insistió en que era el que había señalado.

—Bien. El propietario de la pensión también está seguro de que este dibujo es el que más se parece a la cara del hombre que llegó con una maleta vacía. Sabemos su estatura aproximada.

El inspector lo guardó todo. Ofreció cigarrillos. Ya los tres fumando, el federal prosiguió:

—El individuo ha sido cuidadoso y no ha dejado huellas dactilares. Ni siquiera en la pluma al inscribirse en el libro, porque además de que seguramente las borró, el muchacho estuvo escribiendo después. Pero creemos tener localizado al individuo. Creemos que es un tal Darvi, que frecuenta los clubs de baja categoría, haciéndose pasar por representante artístico. Por dos veces ha sido detenido, acusado de traficar en drogas. Pero ninguna de las dos veces se le ha podido probar nada. Y siempre ha surgido quien de la fianza, por alta que sea.

El inspector hizo una pausa.

—Ahora no hay que confiar en hallarlo en Chicago... Y hasta es muy posible que nunca más vuelva por aquí. Para el que dirige todo este asunto, Darvi ya debe ser un cartucho gastado... ¿Usted, Hal, ha informado a sus compañeros de lo que pretendo que hagan?

—Sí. Y todos están conformes. El único reparo que han puesto es sobre el agente que se ha de fingir músico...

—Pero ¡si es músico! —contestó el inspector— y todavía no es conocido como federal... Además, les resultará un compañero agradable, se lo aseguro. Pasado mañana podrían salir de Chicago. Entonces Sarbin, éste es el nombre del agente, se unirá a ustedes en el tren. Se apearán en un pueblo que mañana, en el entierro, les daré a conocer. Allí podrán permanecer unos días, sin peligro a que los vigilen. Podrán ensayar y preparar bonitos programas. Y cuando se les de el aviso de marcha ya tendrán «contratadas» toda una cadena de actuaciones...

—¿Qué espera usted conseguir con eso? —preguntó Hal.

—Acercamos al que parece entregado a un viejo ajuste de cuentas.

—¿Ese Darvi puede ser una pista?

—Sí. Y muy importante. Las dos veces que salió bajo fianza, el dinero lo depositó un abogado que en la actualidad ya no ejerce, porque ha descubierto que resulta más divertido ser propietario de

un club nocturno en San Francisco. En su local trabajarán ustedes, pero no enseguida. Se irán escalonando las ciudades, hasta, llegar a San Francisco. Será el dueño de ese club quien tendrá empeño en que actúen en su local...

Se quedó mirando a Yeri.

—Tenga confianza en sus compañeros. No ha podido caer en mejor compañía... Y piense en Perle Aston para tener fe en su triunfo. Usted será lo que ella soñó ser cuando empezó la carrera.

Cogió la cartera y se dispuso a salir.

—En el entierro, si lo tenemos listo, le daré las instrucciones —agregó el federal—. De lo contrario, vendré a verle por la tarde.

Ya estaba en la puerta cuando se volvió.

—Se me olvidaba. Es necesario que usted se sienta, de nuevo «capitán». Sé que usted tenía muy disciplinados a sus hombres, para poder sortear toda clase de trampas. Vietnam es una dura escuela. La jungla y los lujosos bares de la retaguardia, son a veces un mismo peligro. Ya lo dice Meckie en su carta. Hay que llevar cuidado con determinados «regalos». Un encendedor, una polvera, una pluma estilográfica... Cerciórense siempre que vayan a cambiar impresiones sobre este asunto, de que no tienen cerca cualquier chuchería que pueda esconder un «chivato»...

Un autobús, para ellos y el voluminoso equipaje, estaba aguardándolos en la estación de Stirover.

Sarbin, el agente músico, se les había unido dos estaciones antes. Desde el primer momento, cayó bien en el grupo. Era feo, pero de gran simpatía.

No cesó de hablar hasta el momento de bajar del tren.

—Traigo una guitarra eléctrica. ¿La admitiría en su orquestina?

—Nada tengo contra la guitarra eléctrica —contestó Hal.

—¡Magnífico! Es lo que mejor domino.

—Ya veremos de acoplarla al conjunto. Vamos a dar nuevos aires a nuestro repertorio. Contamos ahora con una futura gran estrella...

Todos miraron a Yeri. La muchacha les sonrió. Pero al momento volvió a quedar abstraída.

Ya llegando a la estación, Sarbin preguntó a Hal, muy bajo, refiriéndose a Yeri:

—¿Está asustada?

—No. Algo aturdida.

—Es comprensible... Ahora se distraerá. Vamos a un hotel que está en las montañas. Por esta época, se halla casi vacío. Les gustara el sitio. Allí podremos armar todo el ruido que queramos, sin que nadie proteste.

En la estación se apearon de noche. Una hora más tarde, el autobús los dejaba en el hotel. El servicio estaba reducido a una tercera parte, porque no era el fuerte de la temporada.

Cuando llegaron, los pocos clientes del hotel ya habían cenado. El gerente estaba avisado de que llegaba, el grupo de músicos y enseguida les sirvieron la cena.

Todos estaban hambrientos. Siguiendo las instrucciones de Hal, sólo se habló de cosas indiferentes.

A la hora de retirarse, Hal dijo a Yeri:

—A dormir bien. Mañana haremos el primer ensayo.

La habitación de la muchacha quedaba ahora entre la de Ward y la del agente.

El primero en levantarse fue Hal. Empezaba a salir el sol cuando abandonó el hotel. El lugar era magnífico. Al fondo, un bravío revoltijo de montañas. Abajo, un hermoso valle.

El hotel estaba rodeado de árboles, con largas avenidas que se perdían en la espesura.

Momentos después de que saliera Hal, apareció Yeri. Vestía pantalón y jersey. Con esa indumentaria, su figura parecía más esbelta.

Apenas se marcaba el contorno de las caderas. Su cintura era estrecha y alta y el jersey había momentos en que resaltaba la juventud del busto.

Su rostro ya no mostraba huellas de preocupación.

—Te he visto desde mi ventanal... Deseaba salir —levantó la cara, dejando que el rojo sol la acariciara—. ¡Esto es maravilloso! Parecía otra chica. Con el cabello suelto, empezó a correr de un lado a otro.

De pronto se detuvo, se inclinó y se puso a escarbar en la tierra. Se quedó mirando el pequeño hoyo, inmóvil. Luego, lo tapó.

Cuando se incorporó, vio a Hal a dos pasos, que la estaba observando.

—Esto me lo enseñó Perle: «Entierra todo lo que te estorbe». Ya

lo he hecho. ¡Estoy contenta! ¡Todos vosotros sois unos grandes muchachos! Ahora sólo falta... que mi forma de actuar os guste.

—No te burles. Sabemos por Perle que te preparabas para actuaciones fuera de serie... Tendremos que ser nosotros los que habremos de procurar alcanzarte.

La muchacha movió la cabeza, rechazando el elogio. —También sé por Perle— dijo Yeri —que tienes composiciones muy bonitas, que no quieres dar al público por ahora.

—Tal vez, si te gustan... Ya hablaremos de eso.

Regresaron al hotel. Unas horas más tarde, el gerente les mostraba el lujoso salón donde podían ensayar.

Allí había un soberbio piano. Los del grupo sacaron sus instrumentos. Y Sarbin, el agente, apareció con una guitarra eléctrica, una trompeta y un clarinete.

—¿Por qué tantas herramientas? —le preguntó Jerry.

Sarbin le hizo un guiño y contestó:

—Pronto verás.

Hal había dado a Yeri algunos papeles de música, para que escogiera las canciones que más le gustaran.

—Mientras, ensayaremos nosotros.

—Todas las canciones que cantaba Perle las conozco —contestó Yeri.

Perfectamente. Entonces, probaremos primero a Sarbin.

Hasta entonces, el federal se había comportado alegremente. Pero en el instante en que se vio integrando el grupo, con la guitarra eléctrica, empezó a perder seguridad.

A los primeros acordes, Hal dio el alto.

—No entres tan fuerte —le indicó.

—¡De acuerdo, Hall!

Hubo tres interrupciones, por culpa de Sarbin.

—Utilizaré el clarinete...

—Pero la guitarra es lo que mejor te iba —recordó Jerry.

—Estoy un poco desentrenado. ¡Va con el clarinete!

Diez minutos más tarde, cogía la trompeta, porque el clarinete tampoco le iba.

—¿Y si no soplaras? —sugirió Jerry—. Estamos impacientes por ver a Yeri.

—¡Pues es verdad! —admitió el federal—. Haré como que toco.

Así no hubo interrupciones. Y a una indicación de Hal, la muchacha saltó de su silla y se colocó delante de la orquestina.

Siguiendo el ritmo, su cuerpo fue meciéndose, creando imágenes muy hermosas. De pronto, surgió su voz, blanda, acariciante...

Hal estaba sentado al piano. Todo el grupo acusó la emoción que les producía la forma de actuar de Yeri.

Sarbin, el agente, permanecía con la trompeta separada de los labios, mirando las evoluciones de la muchacha con cara de alhelado.

Al terminar la canción, todos rodearon a Yeri.

—¡Bravo!

—¡Eres maravillosa...!

Hal era el único que no se había movido. Permanecía como abstraído. La muchacha se acercó, inquieta.

—¿Sirvo?

Hal se levantó y puso las manos sobre los hombros de la muchacha.

—¡Que si sirves...! Es un crimen que tu voz se emplee en estas cosas. Ahora comprendo por qué Perle retardaba la autorización para que actuases.

La muchacha empezó a retroceder, mirando fijamente a Hal.

—¡No vayas a poner obstáculos! ¡He de actuar con vosotros!

Con tal pasión lo dijo, que los ojos se le humedecieron.

—¡Estoy cansada de oír elogios...! Yo sólo pretendo que se me admita como una cantante medianamente aceptable. He llegado a odiar mi voz, a fuerza de esperar y esperar...

Hal la tranquilizó:

—Estarás con nosotros mientras tú lo desees. Eso ya lo convinimos. Lo que yo he querido decir es que da pena que, para canciones insulsas, se emplee una voz tan hermosa.

—¡Compón canciones que tengan algo!

Los compañeros rompieron a reír.

—¡He ahí un buen reto, Hal! —exclamó el agente Sarbin—. ¡A inspirarse!

—Lo tendré en cuenta —contestó—. Y aplícate la parte que te corresponde. Practica hasta el próximo ensayo...

—¿Cómo estoy mejor, con la guitarra?

—Yo diría que con la trompeta —manifestó Jerry.

Era el único instrumento que no llegó a hacer que sonara.

—No te preocupes, Hal. Le daré al clarinete... Ahora voy a limitarme a escucharos.

Tres canciones más, interpretó Yeri. Todos estaban entusiasmados.

Cuando dejaron la sala, encontraron fuera a los clientes y empleados del hotel, en actitud de seguir escuchando.

—Por hoy se terminó —anunció Jerry.

Uno de los huéspedes, un hombre de abultado vientre y cara mofletuda, manifestó:

—He oído muy buenas orquestas, pero un conjunto como el que tienen ustedes, en mi vida... ¡Qué voz la suya, señorita!

Pareció que la orquestina servía de reclamo, porque unos días más tarde, el hotel estaba ya muy animado.

Todos los días, por la mañana y por la tarde, había ensayo.

Pero quien más duro trabajaba era Sarbin, porque después de los ensayos se iba con el clarinete, o con la trompeta, a hacer prácticas, perdido en la espesura.

Algunos huéspedes se ponían a pasear por las avenidas de la arboleda y cuando más distraídos estaban, oían surgir de detrás de cualquier árbol trompetazos o trinos de clarinete.

Algunos llegaron a protestar:

—¡Ese moscón nos va a volver locos!

Cuando Sarbin se encerraba en su habitación, la emprendía con la guitarra eléctrica.

Una tarde, ya terminado el ensayo, Hal y Yeri salieron del hotel, dispuestos a dar un paseo.

De pronto, la muchacha rompió a reír.

—¿Qué ocurre?

—Es por Sarbin. Lo ha tomado demasiado a pecho —dijo Yeri.

—Se siente un poco desplazado. A ninguna mujer se le escapa la influencia que ejerce a su alrededor. Y tú has visto el cambio que se ha operado en el grupo. Nunca han trabajado con tanto entusiasmo...

La muchacha volvió a reír.

—¿Yo tengo algo que ver en ello?

—No lo habías advertido, ¿verdad? —dijo Hal con ironía.

Yeri fue sincera:

—Sí. Veo a todos más animados que cuando me uní a vosotros y

eso me alegra. ¡Os quiero mucho a todos!

Se habían internado en la arboleda. Ahora ella permanecía frente a Hal, mirándolo francamente. Nunca le pareció tan bonita.

Por unos momentos, Ward recordó el tiempo en que Yeri decidió alejarse de Perle. La idea de que aquella muchacha fuera rodando por las guaridas de lobos, le hizo exclamar:

—¡Vas a encender muchas pasiones Yeri...! ¡Pero el grupo se ha juramentado para cuidar de ti, aun a pesar tuyo!

—¿A pesar mío, por qué?

—Quizá algún día te enamores de un hombre que no lo merezca y entonces formaremos el cuadro, para defenderte de ti misma.

Yeri rompió a reír, halagada, sin dejar de mirar a Hal.

—No hay peligro de que yo me enamore. Por ahora, sólo pienso en mi carrera.

—Eso queremos.

Se encontraban al borde de una suave vertiente. Desde allí podían ver la carretera que entre los árboles, subía al hotel.

Un automóvil acababa de dejar la gran replaza que había frente al edificio y enfilaba, en descenso carretera... Iba muy despacio.

—¿Cuándo calculas que llegará la orden de actuar en algún club? —preguntó Yeri.

—¿Lo deseas?

Iba a contestar afirmativamente. Pero reflexionó:

—Tengo deseos de aparecer ante el público, con vosotros, por ver el efecto que producimos.

—Será inmejorable, puedes estar segura.

—Por otro lado, me gustaría que esto se prolongara, unos días más. ¡Esta tranquilidad...!

—Tú la estabas necesitando, pero también nosotros. Sí, creo que todos echaremos de menos este lugar...

Se interrumpió al oír pasos. Iba a volverse cuando una voz de hombre ordenó:

—¡No os volváis! ¡Ni hagáis ningún movimiento de alarma...! Como si quisierais apartaros de miradas importunas, caminad vertiente abajo... Nadie se extrañará de que queráis estar solos. Los dos os estáis acariciando con la mirada... ¡Vamos! ¡Abajo!

En la carretera acababa de detenerse el coche. Del vehículo los separaban unos veinte pasos.

Yeri, desconcertada, iba a volverse.

—¡No mires atrás, muñeca! —ordenó la voz.

Hal la cogió de un brazo.

—Obedece. Vamos —dijo, emprendiendo el descenso.

El coche mantenía una portezuela abierta, pero no aparecía nadie. Hal, haciendo como que hablaba a la muchacha, consiguió mirar atrás.

Eran dos individuos. Ambos mantenían la mano en la sobaquera.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó.

—Cierta información que nos interesa... Sabemos, por el propietario de una pensión, que Meckie dejó un escrito. Los dos lo leísteis... Os interrogaremos aparte. ¡Y allá vosotros, si no decís la verdad...!

El otro individuo habló por primera vez:

—Si vuestra declaración no coincide en lo más importante, cierta orquestina estará de luto...

Hal seguía teniendo cogida del brazo a Yeri. Calculaba todos los pasos y los árboles a los que se acercaban. Con presiones de la mano, le iba comunicando que permaneciera alerta.

De pronto, la empujó gritando:

—¡A tierra!

Al mismo tiempo, Hal giraba, agachándose, la pistola en la derecha. Los cogió en el momento en que los dos desenfundaban.

Por unos instantes, Ward se creyó en la jungla, haciendo frente a una emboscada. Los proyectiles alcanzaron a los individuos en pleno rostro.

Hal tuvo que saltar de costado, para esquivar las dos masas de carne y sangre que se le echaban encima.

Desde el coche, dispararon. Sólo se vio la mano y el arma. Enseguida la portezuela se cerró y el coche se puso en marcha.

El joven, saltando de un árbol a otro, había marchado en sentido transversal, para coger de frente al coche. Pero fue demasiado tarde.

El vehículo emprendió la huida. Tenía delante una recta de unos cincuenta metros. Luego venía una cerrada curva.

El coche no llegó a alcanzarla. Cuando le faltaban unos veinticinco metros para llegar a la curva, de detrás de un árbol cercano a la carretera surgieron disparos de metralleta.

De otro árbol situado todavía más cerca de la carretera, irrumpieron más ráfagas. El coche empezó a zigzaguear.

Antes de llegar a la curva, enfiló la vertiente, muy larga y pronunciada, que terminaba en el valle. El coche empezó a dar vueltas, hasta que se estrelló contra una roca.

Surgieron las llamas...

Hal vio cómo el coche desaparecía por una orilla de la carretera y se dispuso a retroceder, para ir al lado de Yeri.

Pero fue ella la que se acercó. Descendía corriendo, con el rostro blanco.

—¡Hal! —Se detuvo a unos pasos de él.

Acudió a tiempo de sostenerla. La muchacha pegó la cara contra el pecho del hombre.

—Ya pasó —dijo él, acariciándole el cabello.

Y lo que menos podían esperar en aquellos momentos, ocurrió. Arriba empezaron a oírse acordes de clarinete.

Hal apretó las mandíbulas, creyendo que era una broma de Sarbin.

—¡A que nos resulta un cretino! —rezongó.

El del clarinete descendía, haciendo trinos. Cuando los árboles dejaron de ocultarlo, Sarbin dejó de tocar.

Y fue acercándose, muy afectado.

—Corría el riesgo de que me confundierais... Ahora ya tenemos a dos federales. Son los que han disparado con metralleta. ¿Regresamos al hotel? Ellos se encargarán de los muertos...

La forma con que lo decía, indignó más a Hal:

—¿Acaso sabías que se preparaba esto?

—Lo he sabido cuando ya os habíais alejado del hotel. Un compañero que está arriba me ha dicho que el inspector aconsejó al propietario de la pensión que, si alguien se interesaba por lo que ocurrió después de la muerte de Meckie, lo dijera. Se refería a la carta... En la pensión había un agente de guardia. El individuo que os ha dado el alto es el que fue a preguntar. El agente lo siguió, pero perdió la pista. Y el inspector decidió que se trasladara aquí, con unos compañeros y que esperaran... La suerte ha sido que ese individuo viniera. Mientras hablaba Sarbin, iban subiendo la cuesta dando un rodeo, para evitar los dos muertos.

—Llegó con otros dos pistoleros, después del mediodía. El

agente, que lo conocía, no lo ha perdido de vista un solo momento... El no esperaba que fuerais a darle una oportunidad tan tentadora. ¿Por qué demonios os habéis alejado del hotel?

Hal y Yeri se miraron, igualmente sorprendidos. Ahora que lo oían, reparaban en ello. ¿Por qué se habían alejado tanto?

—Quizá, el no oír tu maldito clarinete, nos ha incitado a internarnos en el bosque —contestó Hal.

Arriba había una gran expectación. Todos los del hotel habían salido, al ruido de los disparos.

—¡Menos mal que voy con vosotros! —comentó Sarbin—. La reputación de Yeri es cosa de todo el grupo. Hay que llevar más cuidado...

Hal se detuvo, mirando a Sarbin con dureza.

—¡Oye! ¿Te has convertido en nuestro mentor?

—¿Crees que hablo en broma? ¡Mira, a los compañeros! ¡Todos te recriminan...!

Y parecía que, efectivamente, todos los amigos reprocharan a Hal que se hubiese alejado con la muchacha...

—¡Esto me faltaba, tener que dar explicaciones de todos mis pasos! —rezongó, mirando a Yeri—. A partir de ahora, habrá que contar con ellos, si queremos pasear.

En el bar del hotel se reunieron. Sarbin procuraba no acercarse al agente que había reconocido al pistolero. Éste permanecía a prudente distancia del grupo.

—¡Hal ha tenido una serenidad asombrosa! —declaró Yeri. ¡Me ha empujado en el momento preciso...!

—A partir de ahora, tenemos que llevar más cuidado. No sólo saben dónde nos encontramos, sino que conocen que Meckie dejó una carta —dijo Hal, preocupado. ¡Y estábamos hablando de la paz que teníamos! Aquí estamos de más.

Antes de la cena, Hal tuvo una entrevista con el agente que reconoció al individuo.

—Desde que lo vi, apenas bajó del coche, hice que dos de mis compañeros se apostaran en la orilla de la carretera, para cortarles la salida. No pensaban pernoctar aquí. En administración dijeron que sólo permanecerían unas horas.

—¿Cómo no lo detuvo en la pensión? —preguntó Hal, amoscado.

—El inspector quería que le diéramos rienda suelta, por si nos llevaba a una pista importante. Pero se me escabulló...

—¡Aquí pudo detenerlo!

El federal asintió.

—Pero ¿qué hubiéramos conseguido?

—¡Se le podía acusar de estar relacionado con el homicidio de Meckie!

—El individuo se habría encerrado en el mayor mutismo. Se hubiera perdido mucho tiempo y no tendríamos esta prueba.

—¿Cuál?

—Que usted y Yeri preocupan mucho al que dirige los atentados.

Parecía que el inspector Gerson esperaba solamente eso: saber si la pareja interesaba a la criminal organización.

Aquella misma noche llegó el aviso de que estuvieran preparados para salir a actuar en un club de Las Vegas...

CAPÍTULO V

A la tercera noche de actuación, el club rebosaba de clientes. Tenían que hacerse con mucha anticipación las reservas, recurriendo a fuertes propinas.

En cada actuación Yeri solía dar una nueva muestra de su arte. Cada noche parecía distinta.

Una noche, una de las mesas distinguidas se mantuvo vacía hasta momentos antes de que el conjunto de Hal apareciera.

A esa mesa se sentaron una hermosa mujer morena y un hombre de unos cuarenta y cinco años. Ella llevaba muchas joyas. Ese mismo alarde lo hacía con su cuerpo, luciendo un vestido que la moldeaba. Pero existía algo que su explosiva belleza no conseguía borrar: la vulgaridad.

Quizá su aire arrabalero se notaba más por el contraste que hacía con las refinadas maneras del que la acompañaba.

El conjunto estaba ya preparado para salir, cuando en el camerino de Hal empezó a parpadear una luz roja.

—¡Hay llamada! —dijo el hombre que estaba sentado de cara a una mesita donde había varios aparatos electrónicos.

Todas las noches estos aparatos eran metidos en una maleta y desaparecían.

Con Hal se encontraban Yeri y Sarbin. El que estaba sentado a la mesa era también un agente.

Permanecieron callados mientras el que manipulaba los aparatos iba anotando el morse que transmitía la luz roja.

Bien: aquí tenemos al que desertó de la abogacía para dirigir un club en San Francisco —dijo el agente, después de leer lo escrito—. Acaba de entrar. Hay que avisar a Breck para que «sirva» esa mesa.

—Voy a decírselo —contestó el agente músico—. ¿Qué

frecuencia?

—La

«B-2».

Le acompaña su amiga de turno. Esta vez es morena.

Cuando Sarbin salió, preguntó Hal:

—¿Es el abogado que pagaba las fianzas de Darvi?

—Sí. Hace ya tiempo que dejó Chicago para dirigir un club nocturno en San Francisco. Al parecer, es el propietario.

El agente Breck estaba como camarero desde antes que la orquestina actuara en el club. El propietario del local colaboraba con los federales.

El que manipulaba los aparatos receptores puso uno en funcionamiento. Era el que estaba ajustado al mismo rango de frecuencia del diminuto transmisor que Breck debía colocar sobre la mesa de Niles Glauber.

Todas las mesas tenían un florero. Al acercarse a servir una mesa, Breck sostenía un momento el florero en las manos, como para dejar sitio al servicio. Cuando de nuevo lo depositaba en la mesa ya llevaba el «chivato» en acción. La diminuta pila duraba, unas cuatro horas.

Desde la primera noche, el «chivato» había estado actuando en las mesas que parecían sospechosas. Pero sin resultado.

El agente que estaba sentado ante las radios, Neander, había hecho mucha amistad con el grupo.

—¡Que no me pase lo de las otras noches Yeri! —dijo, riendo—. No oigo más que lo que ya sé: que eres muy hermosa y una gran artista...

—¿Sólo eso? —preguntó la muchacha, haciendo un gesto de picardía.

—¡Bueno! También oigo cosas que no son para los oídos de una chiquilla. Muchas veces he sentido la tentación de ir a la sala para chafarles las narices a los que hablan tan sucio...

—¡Hubiera estado bien! —rió Yeri.

—Yo no necesito oír lo que dicen para saber lo que piensan —manifestó Hal—. Me he encontrado a veces con miradas que me incitaban a saltar sobre los cerdos... Y a los compañeros les ocurre lo mismo.

El agente Neander se volvió para mirar a Yeri.

—No podrás quejarte: tienes buenos guardianes.

Iba a contestar la muchacha, cuando el agente hizo una seña, indicando que guardaran silencio. Se aplicó los auriculares.

—¡Ya funciona...! ¡Están discutiendo!

Permaneció escuchando unos momentos. Y rompiendo a reír, dijo:

—¡La velada promete estar buena...! La amiga de Glauber está enfadada. Acaba de decirle que a ella no puede engañarla diciendo que es el arte lo que le interesa. Se refiere a ti Yeri... Parece celosa. ¡Qué bien!

Sarbin regresó.

Ya he visto a la pareja. Se encuentra cerca del estrado.

Llegó el momento de actuar. En la sala empezó el juego de luces. El estrado quedó en penumbra. La luz aumentó y aparecieron los músicos, cada uno en su puesto, inmóviles.

Empezó a sonar la música. Un reflector iluminó un extremo del entarimado. Y allí apareció Yeri, envuelta en una capa de seda azul claro.

Fue avanzando al centro del estrado y con un elegante movimiento, se quitó la capa, que echó al aire, hacia atrás y quedó perfilada por un «maillot» negro.

Empezó a marcar el ritmo con flexiones del cuerpo y surgió su voz. La sala parecía hipnotizada.

Hal ya había localizado la mesa. Miles Glauber era el prototipo del hombre mundano, de agradable rostro, aladares grises, bigote recortado y sonrisa cínica. Sus ojos azules miraban la figura de Yeri, recorriendo sus contornos.

Los compañeros del grupo advirtieron, en las pulsaciones que Hal daba al piano, arranques de ira. También Yeri se dio cuenta y, cantando, sonrió.

Con el micrófono portátil en la mano izquierda, se acercó a Hal, ondulando el cuerpo. Se inclinó, para rozar con su cara la de él.

Era la primera vez que se acercaba tanto. Siempre se había limitado a insinuar que se inclinaba hacia él, pero enseguida rectificaba.

El piano, para los oídos avezados del grupo, proclamó una nueva acometida de cólera.

—¡Cómo tenemos al jefe! —susurró Sarbin a un oído de Jerry,

aprovechando una pausa.

Terminó la canción y el local vibró por los aplausos. Yeri saludó, volviéndose para ceder los aplausos a la orquesta.

Al ir a interpretar la segunda canción, la joven se colocó junto a Hal, como para consultar el papel de música.

—Esta noche desafinas —dijo ella.

—Creo que tú también... Los ojos de ese individuo no engañan. Te está quitando el maldito «maillot»... y no parece disgustarte.

Yeri no supo qué contestar. El tono que empleó Hal resultó más hiriente que las palabras.

—Hay tormenta —dijo el trompeta Jerry.

—También en la mesa —replicó Sarbin, aplicándose el clarinete a la boca.

Empezó la segunda canción. Y Yeri, en un impulso de rebeldía, acentuó los movimientos que más podían molestar a Hal.

Sí, también había tormenta en la mesa que ocupaban Glauber y la mujer morena. Ella miraba a Yeri y enseguida se volvía para espiar a Glauber.

Cuando terminó la segunda canción, mientras la mayoría aplaudía, puestos en pie, la amiga de Glauber le espetó:

—¡No te olvides que soy distinta a las otras! ¡No intentes humillarme, Niles, porque lo sentirías...!

El reaccionó, adoptando una actitud de sorpresa.

—¿Qué te ocurre, Bara? ¡Estoy calculando lo que este conjunto brillaría en nuestro club! ¡Qué gran negocio para todos!

En la pausa de la segunda canción Yeri no se acercó a Hal. Con el micrófono en la mano arrimado al pecho, se colocó al lado de Jerry.

—¿Qué opináis?

Todo el grupo, menos Hal, la miraron. En ninguno encontró la menor aprobación... Esto la excitó más.

—Voy descubriendo que sois bastante mojigatos.

La tercera y última canción fue una mezcla de arte y sensualismo. Toda la sala permanecía pendiente de la hermosa voz y de los incitantes movimientos del cuerpo de Yeri.

Cuando terminó el número, la orquesta saludó una sola vez y se retiró, dejando sola a la joven, como para que ella recibiera el homenaje que merecía.

La muchacha ya envuelta en la capa azul, estuvo unos momentos correspondiendo a los aplausos. De pronto, bruscamente, se retiró.

Fue hacia los «camerinos», cabizbaja. No vio a nadie. Empujó con violencia la puerta entreabierta de su aposento y cerró, dando un portazo.

—Menos genio y más cabeza —dijo ásperamente Hal.

Estaba en el «camerino». Ella no le había visto e hizo un movimiento de sorpresa, casi de miedo.

—¿Esta noche mandaba el demonio que me dijiste tenías dentro, cuando te rebelaste contra Perle?

Ella, que iba a disculparse, se irguió.

—¿Qué te ocurre? ¿Es que he hecho algo malo?

Hal abrió el armario ropero. Estaba repleto de vestidos.

—¡Aparte de toda esta ropa, está la que perteneció a Perle! Muchos vestidos se adaptarían fácilmente. ¡Pero, no! ¡La niña quiere el «maillot»! ¡Sólo el «maillot»...!

Yeri, con el rostro encendido, hizo un gesto de burla. Y exclamó:

—¡Cualquiera diría que estás celoso...! ¡Pues escucha: siempre que se me antoje, llevaré este «maillot»! ¡Y si me parece, en dos piezas! ¿Qué tienes que decir a esto?

Levantaba la cara, los ojos encendidos, transfigurada en una verdadera furia.

Una mano de Hal chascó en el rostro de Yeri. La muchacha retrocedió, tambaleándose, hasta tropezar con el tabique. Allí se quedó, con el cabello caído sobre la cara, los brazos colgando, mirando al suelo.

Así estuvieron unos momentos, sin hablar, ni moverse. Por fin, Hal fue acercándose. Extendió una mano y la posó en la cabeza de Yeri, obligándola a que levantara el rostro.

Ella no ofreció resistencia. Mantenía los ojos cerrados y las lágrimas humedecían su cara.

Hal la atrajo contra su pecho y mientras la sujetaba por la espalda, con la otra mano le acariciaba el cabello.

—¿Por qué esta noche te has comportado así Yeri? ¿Es que no te das cuenta del peligro? Si ese Glauber está relacionado con el que ordena los atentados, su presencia aquí significa que viene por nosotros. Ese individuo no ha disimulado el efecto que le producías

y su amiga se ha dado cuenta. Has convertido tu situación en algo mucho más peligroso de lo que ya era.

Cogiéndola de los hombros, se apartó de ella, para poder verle la cara.

—Sonríe —pidió él.

Yeri abrió los ojos. Estuvo unos momentos mirándolo y sonrió.

—Podría decir... que me he comportado así para provocar los celos de esa mujer... y lograr que ellos mismos se combatan. Pero no sería la verdad... Lo he hecho... por averiguar cómo te comportabas...

—¡Como un pésimo músico! —contestó Hal, sonriendo—. ¡He destrozado las canciones!

—¡Quizá por eso han gustado más! Ha habido momentos en que aporreabas el piano como si fuera tu enemigo.

Llamaron a la puerta.

—Está abierto, —dijo Yeri.

Empujaron. Era Sarbin. Venía muy contento.

—¡Se están tirando de la greña! ¡Ella quiere marcharse, pero él dice que, si se levanta, tendrá que irse sola...! Glauber quiere hablar con el empresario de este club, para llegar a un acuerdo con respecto a nosotras. Nos quiere llevar a San Francisco...

—¿Eso lo está oyendo Neander? —preguntó Hal.

—¡Sí! ¡Y dice que tiene la gran noche! La morena de marras suelta cada palabrota que va a hacer estallar los auriculares. Hal y Sarbin salieron, mientras Yeri cambiaba de atuendo. Los aposentos destinados al grupo de Hal eran los más apartados de los que ocupaban los demás artistas. Ningún curioso podía asomar de improviso, pues había una puerta que daba acceso al corto pasillo y los músicos la mantenían cerrada.

En la puerta del departamento de Hal se encontraban los compañeros, viendo cómo el agente Neander permanecía a la escucha. De vez en cuando, explicaba, lo que ocurría en la mesa de Niles Glauber.

—Ha hecho que el empresario se siente a su mesa —explicó el agente, cuando se le acercó Hal—. Están discutiendo... Niles Glauber está dispuesto a no discutir el precio, con tal de que el empresario renuncie a los días que os quedan de actuación aquí. Os quiere llevar a su club, en San Francisco.

—¿Que le contesta el señor Casriel?

—Que es imposible. Pero Glauber... ¡Espera!

Durante unos momentos estuvo callado, escuchando atentamente.

—¡Sí! Glauber acaba de utilizar un tono de amenaza... «Puede que lo lamente», le ha dicho. Vuestro empresario no se ha amilanado... ¿A ver?

Otra vez estuvo callado, atento al leve zumbido de los auriculares.

—¡El señor Casriel le planta cara! Le ha dicho: «Soy viejo en el oficio y sé disculpar los pisotones que se dan por descuido. Pero también sé dar puntapiés, cuando veo mala intención...».

Momentos después, el agente Neander anunciaba:

—Glauber se marcha. Creo que por esta noche se ha terminado. Encárgate de recoger los aparatos, Sarbin... Yo voy a seguir a Glauber. Habrá que intervenir todas sus llamadas telefónicas y averiguar con quiénes establece contacto.

Un rato más tarde, Hal, Yeri y los compañeros se dirigían al hotel. Cuando iban a separarse, la muchacha invitó a todos a que entraran en su habitación.

—Quiero deciros algo.

Todos se afectaron. El incidente de aquella noche les hacía temer que Yeri quisiese separarse del grupo.

Hal la miraba gravemente. La joven se desenvolvía con mucha naturalidad.

—Quiero saber si en mi «camerino» había un «chivato» —empezó la muchacha.

Todos se miraron, confusos.

—¿Un «chivato»? —preguntó Hal.

—Sí. Uno de esos malditos aparatitos... En mi «camerino» entra quien quiere y puede dejar lo que se le antoje. ¿Había un «chivato»?

Y fue mirando a todos, de uno en uno. El único que faltaba era Sarbin.

Todos permanecían serios.

—Pues lo había. Encima de mi tocador. —Y Yeri mostró un tubo de labios que estaba en un estuche de metal—. Se hallaba mezclado con otros objetos. Estaba así.

Y lo destapó, haciendo que la barra de pintura subiera, dejando

una abertura en la parte inferior, que servía de micrófono.

Hal lo cogió y lo desarmó, quitándole la pila. —Quien sea que lo diga— pidió Hal. —De no ser ninguno de nosotros habrá que temer que el enemigo...

En el corredor se oyó a Sarbin, llamando en la habitación de Hal. Éste abrió.

—Estamos aquí. Pasa.

Sarbin entró, diciendo:

—Glauber y su amiga se han metido en su hotel, discutiendo... ¡Qué lástima no haber tenido tiempo para meter un «chivato» en su habitación! Neander dice que ella habla como un carretero...

—Hablando de «chivatos»... ¿Qué sabes de esto? —Le disparó Hal, mostrándole el tubo de labios.

Lo cogió por sorpresa, Sarbin se azoró. Esquivando la mirada de Yeri, confesó:

Cuando terminamos la actuación... lo dejé en el «camerino» de Yeri. Me dije: «Va a haber bronca».

Hal le disparó un puñetazo a las mandíbulas y Sarbin se elevó dos palmos, antes de caer sentado.

—¡Y la ha habido! —rechinó Hal.

Sarbin, frotándose el mentón, reconoció:

Lo merezco. Ya sé que ha sido una impertinencia.

—No es por eso —contestó Hal—, sino por el susto que nos acabas de dar. Pensamos que fuera cosa del enemigo.

—¡Ah, no!, ¡cosa mía! ¡De la forma que tocabas el piano, había que pensar que habría poleo...!

¡Y lo hubo! —Manifestó Yeri, riendo—. Antes de que Sarbin os lo diga, lo notificaré yo. Hal me ha propinado una bofetada.

El estupor que produjo la naturalidad con que ella lo anunció, fue roto por la exclamación de Sarbin:

—¡Era una bofetada...! ¡Ya me parecía a mí que sonaba demasiado fuerte para que fuera un beso...!

Ahora todos miraron a Hal.

—¿Qué os pasa? Es la primera vez que se me ha ido la mano para pegar a una mujer. Pero no lo siento. Creo que esta chiquilla se merecía una azotaina —dijo Hal, serio.

Siguió un breve silencio. Jerry Keenan, el trompeta, opinó:

—Hal tiene razón. No debes repetir lo de esta noche.

Los otros dijeron lo mismo. Y la muchacha, después de ver a todos tan graves, rompió a reír.

—¡Sois unos grandes muchachos! —exclamó, emocionada.

Y, de uno en uno, fue besándolos en una mejilla. El último fue Hal.

Mirándolo, se puso de puntillas.

—Inclínate un poco, altóte...

Y lo besó en los labios. Un beso rápido. Los otros hicieron como que no reparaban en el distingo...

Todos los contactos que Niles Glauber estableció en Las Vegas eran vigilados. Sus llamadas telefónicas, intervenidas.

En una que hizo a San Francisco, estableció comunicación con el gerente del club. Al primer momento pareció que sólo hablaban de negocios.

Pero, de pronto, Niles Glauber manifestó: «He visto a la persona que al “señor” le interesa. Dile al “señor” que yo pienso que vale la pena que coja el avión y venga aquí. Tan pronto dejen de actuar en Las Vegas, saltarán a Miami. Vale la pena que venga...».

Al día siguiente, se estableció una discreta vigilancia en el aeropuerto sobre todos los aviones que llegaban de San Francisco.

A media tarde, descendieron de un avión particular cuatro personalidades del mundo de los negocios, con mucha escolta.

Los cuatro, con sus ayudantes o guardaespaldas, se alojaron en el mismo hotel que Niles Glauber.

A la hora de la cena, cuando todos se encontraron en el comedor, Niles Glauber y los recién llegados no parecieron conocerse. Esto fue un error, porque uno de los federales que los vigilaba sabía que los cuatro magnates solían frecuentar el club de Glauber.

Desde que descendieron del avión hasta la hora de la cena, los federales habían tenido tiempo de averiguar muchas cosas sobre el pasado de los cuatro magnates.

El archivo central del

F. B. I.,

envió enseguida suficientes datos para que los agentes supieran a qué atenerse respecto a los cuatro. Dos eran demasiado jóvenes para haber tenido una relación directa en los desmanes de Chicago, ni siquiera en los últimos días de la prohibición. Sus negocios eran

recientes y aparentemente legales.

Los dos más viejos ya eran otra cosa. Se codearon con el hampa que dominaba Chicago y se tenían sospechas de que llegaron a intervenir en alguna «*razzia*» contra pandillas rivales.

El inspector Gerson llegó de noche a Las Vegas. Y fue directo al hotel donde se alojaba Hal.

El conjunto todavía no había salido para el club cuando llegó el inspector. En la habitación se efectuó la entrevista. Sarbin y otro agente federal se encontraban presentes.

Han acudido al cebo más pronto de lo que yo esperaba — empezó Gerson—. Lo que ocurrió en el hotel de las montañas nos ha favorecido.

—¿De veras? —preguntó Hal, sardónico, al recordar el momento en que tuvo que empujar a Yeri para batirse a tiros con los dos «gángsters».

—Ya sé que nos confiamos demasiado. Pero todo salió bien... Hablemos de los cuatro lobos que han llegado esta tarde. Vienen en manada para despistar.

Dejó una lista en la que figuraban los cuatro nombres, cada uno con algunos datos sobre sus actividades.

—Bruce Lund y Edward Herrman, descartados. Son demasiado jóvenes. Tenemos sospechas de que se beneficiaron de timbas clandestinas en varias ciudades de California y Oregón, pero hasta la hora presente no se les ha podido comprobar nada. Quedan los dos más viejos. Jake Opler es el prototipo del hombre satisfecho. Cuando yo lo conocí en Chicago, era un tipo esquelético. Ahora es un barril de grasa y los mofletes casi le cierran los ojos. Se le conocía entonces por el apodo «El Huesos». Parece haber tomado la revancha y ahora bien se le podría aplicar «El Grasas». Este tipo podía ser el que nos interesa. Pero también este otro, Robt Carver. Es el tipo opuesto de Jake Opler. Éste es glotón y charlatán. Ya lo era cuando lo llamaban «El Huesos». Por el contrario, Robt Carver nunca destacaba en nada: ni en comer, ni en beber, ni en hablar. Le llamaban «Siempre Sí», porque asentía a todo lo que le decían.

Después de un silencio, sugirió:

—Podía ser Robt. Según los informes que he recibido últimamente, está bajo tratamiento médico. Ignoro qué enfermedad padece, pero lo sabremos, Robt puede ser nuestro loco.

Se acercaba la hora de actuar. Los cuatro magnates tenían reservada una mesa en el club.

—Nos tendrá cerca —le dijo el inspector—. Obsérvelos y ya me dará su opinión.

A la hora de prepararse para actuar Yeri preguntó:

—¿Utilizo el «maillot»? Yo creo que debo causarles la misma impresión que a Glauber.

Hal miró a sus compañeros. Todos asintieron.

—Bien. Pero no hagas tanto caso al demonio que llevas dentro —aconsejó Hal.

Yeri rompió a reír y se metió en el «camerino». A la hora de actuar, Hal se situó de forma que le fuera fácil no perder de vista la mesa. Se amortiguó la luz, luego, se avivó y surgió la joven envuelta en la brillante capa.

El gordo Jake Opler no ocultó su aprobación, apenas apareció la muchacha. Tampoco Bruce y Edward, los más jóvenes. Éstos eran dos tipos achulados, de cara vulgar.

Robt Carver fue el que, desde el primer momento, atrajo la atención de Hal. Tan pendiente estuvo de él, que terminó la primera canción, se produjeron las ovaciones, empezó la segunda y apenas se dio cuenta de que estaban actuando.

Robt Carver era de rostro amarillento, ojos negros muy hundidos. Miraba al estrado donde evolucionaba el hermoso cuerpo de Yeri y ni siquiera parpadeaba.

Al empezar la tercera canción, Hal sintió un escalofrío, Robt. Carver, maquinalmente, había cogido el florero.

Se lo puso delante e inclinó la cara, para oler las flores. Luego cogió una, la acercó a su nariz y la dejó. Cogió otra...

«¡Va a descubrir el “chivato!”», temía Hal.

La expresión de Robt Carver no cambiaba. Con la misma indiferencia del principio, miraba al estrado.

Lo contrario que hacían sus compañeros de mesa, que cada vez parecían más entusiasmados.

Tanta se aplaudió esa noche, que hubo una cuarta canción. Hal ya había iniciado la retirada, pero Yeri le pidió:

—Debemos complacer al público.

Hal accedió, por ver si Carver dejaba al fin de ocuparse de las flores. Pero la cuarta canción terminó y Robt Carver seguía

jugueteando con ellas.

Fue al producirse la ovación cuando el gordo Jake Opler dio una palmada a Robt Carver:

—¡Qué maravilla!

El florero quedó volcado sobre la mesa. Todas las flores salieron. Un camarero, Breck, acudió enseguida.

—No se moleste —dijo Robt—. No ha pasado nada.

Y él mismo levantó el florero y fue colocando las flores, de una en una.

Todo esto ocurrió mientras el público aplaudía y el conjunto, con Yeri en primer término, saludaban.

Hal corrió a su «camerino». Y encontró a Neander paseándose, fumando, sin atender el receptor.

—¿No funciona? —preguntó Hal.

—A la hora de poner Breck el «chivato», ha habido contraorden.

—¿De quién?

—Del inspector Gerson. Uno de esos cuatro tipos tiene el instinto de localizar los micrófonos...

—¡Robt Carver! —exclamó Hal.

Se dejó caer en un asiento y rompió a reír, mientras se enjugaba la frente con un pañuelo.

Los compañeros entraron.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Hoy también parecías enfadado! —dijo Yeri.

—No. Era algo peor: tenía miedo de que descubrieran el «chivato»... ¿No visteis lo que el tipo enfermizo hacía con el florero? Refirió a Neander lo que Robt Carver había hecho durante la actuación del conjunto.

—Pero se ha pasado de listo —concluyó Hal—. Sólo un tipo enfermo como Robt, ha podido permanecer indiferente ante la actuación de Yeri. Sólo un obsesionado por las micro-emisoras puede atender al instinto de buscar en un florero, cuando en el estrado evoluciona una belleza como la de Yeri.

La muchacha lo miró, sonriéndole.

—Gracias por el piropero.

Emprendieron el regreso al hotel. Allí les esperaba el inspector. Cuando Hal le hubo referido lo que ocurrió con el florero, el federal sonrió.

—Por suerte, llegó a tiempo una información procedente de San Francisco, advirtiéndome que Robt Carver es un sabueso para olfatear micrófonos. Nunca habla de nada importante, sin antes cerciorarse de que no hay riesgo de que oídos extraños puedan oírle.

—¿Y cómo lo saben ustedes?

El inspector acentuó la sonrisa.

—Hace tiempo que Robt Carver está bajo vigilancia. ¡Él lo sabe y disfruta burlándonos!

Al día siguiente, los cuatro magnates y la custodia emprendieron el regreso a San Francisco. Por la noche, Niles Glauber volvió a aparecer por el club.

Esta vez no lo acompañaba Bara, la mujer morena, sino un hombre de ademanes tan cuidados como los de Glauber. Era el representante artístico del conjunto de Hal. Se dedicaba verdaderamente a representar artistas, pero era un secreto colaborador del

F. B. I.

Funcionó el «chivato». Cuando el conjunto terminó su actuación entraron en el «camerino» donde estaba el agente Neander sentado ante el receptor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hal.

—Han llegado a un acuerdo. Vuestro representante lo ha hecho bastante difícil. Por fin ha accedido a aplazar vuestras actuaciones en Miami. De aquí iréis a San Francisco...

CAPÍTULO VI

El «Diamond Night» era uno de los mejores clubs nocturnos de San Francisco. Su clientela eran verdaderas potencias económicas.

Para la noche en que se presentaba el conjunto de Hal, acudieron reporteros de los principales rotativos, invitados por Niles Glauber.

Se habían ensayado nuevas canciones. Hal había echado mano de tres compuestas por él, que desde el primer momento entusiasmaron a Yeri.

—¡Las tres canciones son preciosas! ¿Cómo las tenías guardadas?

Tal vez presentía esta oportunidad —contestó Hal—. ¿Las conocía Perle?

—Sí. Ella era la que me aconsejaba que las guardara. Quizá pensaba en ti.

Esto la emocionó. Durante unos momentos permaneció abstraída.

—¿Es cierto que Perle no quiso interpretarlas?

—Sí. «Ya conocerás la voz que merece cantarlas», me dijo.

Niles Glauber daba toda clase de facilidades para que la presentación del conjunto tuviera la mayor brillantez. Se ensayaron complicados juegos de luces.

Para aquel día Yeri eligió un vestido que le dejaba los hombros desnudos, le marcaba la curva de las caderas y mostraba la altivez del busto joven. El cabello, suelto, le caía sobre los hombros.

La falda era muy larga, pero estaba abierta por un lado, de manera que se podía apreciar el perfecto trazo de sus piernas.

Momentos antes de salir para actuar, Hal llamó en la puerta del aposento de Yeri. La muchacha ya estaba arreglada para salir.

Abrió y retrocedió unos pasos, para que él la contemplara.

—¿Te parezco bien?

Hal permaneció unos momentos como absorto.

—No puedes estar más bella.

Entró, cerrando la puerta. Apenas entraban en el club, nadie del grupo hablaba de lo que pudiera resultar sospechoso al enemigo. Era seguro que en todos los «camerinos» había micrófonos.

—Antes de que te vean, quiero tenerte en mis brazos —dijo Hal, pero permaneciendo a dos pasos de ella.

Lo que hizo fue sacar un cuaderno y escribir: «Ponte esto. Y contesta como si te hubiera acariciado...».

Yeri leyó la nota. Con el papel acababa de entregarle una cadenilla de la que colgaba un medallón, en el que había abultados adornos.

Ella comprendió que era un «chivato». Se lo dio, para que él se lo pusiera al cuello. Mientras, secundaba la farsa de que la estaba acariciando.

—¡Suéltame...! ¡Hal...!

En tanto le abrochaba la cadenilla, le susurró al oído:

—¡Te quiero!

Ella se echó a reír y volvió la cara. Como por casualidad, las bocas se encontraron.

La farsa se fue al diablo. Hal le pasó las manos por la espalda desnuda y durante unos momentos tuvo a la muchacha en íntimo contacto con su cuerpo, sintiendo sus palpitaciones.

—¡No, Hal...! ¡Tú no estás enamorado de mí... ni yo de ti...! ¡Tú solo amas tu arte! ¡Y yo, el mío...!

Se habían separado, los dos como enervados. De pronto, Hal se quedó mirando el medallón, que destacaba sobre la línea del seno.

Y apretó los dientes. Enseguida, contestó:

—Es verdad. Esto no es amor.

Al mismo tiempo, escribía en el cuadernillo. Y se lo pasó.

«Lo malo es que el micro está funcionando. Los compañeros se enterarán de esto».

La muchacha enrojeció. Y con la mirada, indicó las paredes del aposento, queriendo significar que si el enemigo tenía instalado

algún micrófono, también lo sabría.

—No es amor lo que nos atrae... pero se le parece mucho, Hal. Nunca he sentido lo que siento por ti, desde que te conozco. Si alguna vez me enamoro, será de ti.

Y le hizo un guiño, como diciendo: «¡Que se fastidien!».

—Y yo de ti —contestó Hal.

—Me has deshecho el cabello. Déjame sola unos momentos.

Hal salió. Cuando Yeri vio la puerta cerrada, se quedó frente al espejo y empezó a sonreír. Mirándose a los ojos, movió los labios, pero procurando que ni siquiera el aliento sonara. «¡Te amo de veras, Hal!».

En la calle que había en la parte trasera del club, entre los coches aparcados había uno situado en el punto más oscuro. No se podía ver si dentro del coche había alguien.

Había dos hombres. El más viejo llevaba puestos unos auriculares.

—¡Vaya papelito el mío! —rezongó—. ¡Se están besuqueando!

Era el inspector Gerson.

Camino del hotel, Hal le explicó a Yeri:

—A partir de ahora, llevarás siempre encima alguna joya, o algún encendedor que contenga un micro.

—¿Por qué?

—En todo momento estarás bajo control. Eres la presa del «diablo».

Los cuatro magnates habían asistido a la presentación. El éxito no podía ser más halagador.

Al día siguiente, los principales periódicos llevaban amplias reseñas del acontecimiento artístico. Se destacaba la belleza de Yeri, su hermosa voz, pero también se hacían grandes elogios de las canciones que había interpretado. Un crítico pronosticaba: «Pronto esas melodías darán la vuelta al mundo».

Yeri se emocionó al leer esto.

—¡Estaba segura, Hal, de que eran unas canciones preciosas!

El éxito de la primera noche fue en aumento. Todas las noches los cuatro magnates se sentaban a la misma mesa. El gordo Jake y los achulados Bruce y Edward, devoraban a Yeri con la mirada.

Carver el en otro tiempo llamado «Siempre Si», era el único que no acusaba la menor emoción. Con la cara amarillenta, los ojos

hundidos, permanecía erguido, las manos en todo momento moviéndose para tocar el borde de la mesa, o mover la botella y las copas. Era como un tic del que no pudiera sustraerse.

Miles Glauber, el dueño del «Diamond Night», se comportaba con la mayor corrección. Hasta Bara, la mujer morena, apareció una noche para felicitar a Yeri. Parecía convencida de que Niles, aunque lo deseara, nada podría conseguir de la hermosa joven.

Esto era una prueba de qué Bara debía saber que era alguien que estaba por encima de Niles quien formaba el cerco a Yeri.

—Un fin de semana serán invitados en la villa de un amigo que los admira mucho —dijo Bara, estando presentes Hal y el resto del grupo.

Antes de que llegara ese día, hubo un acontecimiento muy importante para el conjunto.

Una afamada casa de discos contrató la grabación de las canciones de Hal Ward.

—¡Esto es la fama! —dijeron los compañeros.

Sarbin ya resultaba bastante aceptable con su guitarra eléctrica.

—¡A mí no me apartaréis! Cuando yo vuelva a mi verdadera profesión, diré a los compañeros: «Ahí van los acordes de mi guitarra, oyéndose en todo el mundo, junto con la voz de la más preciosa muchacha».

El contrato era muy ventajoso. Estuvieron unos días muy atareados y llegó un momento en que se olvidaron que se encontraban en San Francisco sirviendo de cebo.

Cuando terminó la grabación, Bara volvió a aparecer por el club.

—Sé, por Niles, que están ustedes agotados. He conseguido que les de un día de descanso. Así que mañana por la noche no actuarán. Mañana, pues, vendrán a la villa del amigo que les hablé. ¿De acuerdo? Está frente al mar. Podrán bañarse, tumbarse al sol.

Niles Glauber apareció momentos después que Bara.

—Sí, deben ustedes descansar. Provéanse de lo más imprescindible. Si no disponen de traje de baño, tendrán tiempo de adquirirlo. Saldremos a media mañana.

—¿Vamos lejos? —preguntó Hal.

—No. Antes del mediodía ya estarán bañándose. Hace un tiempo inmejorable para darse un chapuzón.

—¿Qué «señor» nos invita? —preguntó Hal, queriendo

concretar.

Y con toda intención recalcó la palabra «señor». Surtió efecto. Niles Glauber pareció esquivar el zumbido de una avispa, con tal rapidez movió la cabeza.

—Quiero decir si lo conocemos —agregó Hal.

—Es muy posible que lo hayan oído nombrar como hombre de negocios. Es el «señor» Carver.

Y miró fijamente a Hal. Éste sostuvo la mirada.

—¿Robt Carver?

—El mismo. ¿Lo conoce?

—¡Cómo no! Es de los que asisten todas las noches... A uno le halaga saber que hay millonarios que permanecen pendientes de lo que uno hace.

—¿Usted se informa del público que asiste a sus actuaciones?

—Por vanidad de artista.

—Comprendo.

Y la entrevista terminó en palabras amables y sonrisas.

Camino del hotel, a pie, Hal y Yeri marchaban del grupo. Todos iban callados. Se daban cuenta de que con la invitación se pretendía aislarlos.

—Debemos bañarnos. En eso han insistido —dijo Hal.

—¿Qué pretenderán con eso?

—Que estemos lo más desnudos posible. Y lo estaremos. Tú te procurarás un dos piezas... Los cegarás con la belleza de tu cuerpo. Y alguien que se va de la vida, rugirá...

La villa de Robt Carver tendía sus brazos de piedras y arbustos hacia el mar, adentrándose en él. Eran dos murallas que los arbustos llenos de flores trataban de disimular.

En la parte del edificio opuesta al mar había muchos árboles. A los lados, jardín.

En varios coches, habían llegado a la finca los invitados de Robt Carver.

Hal y Yeri no se separaron hasta el momento de desvestirse para ir a bañarse. Los compañeros parecían desconcertados por la cantidad de mujeres bonitas que había en la finca.

La sorpresa fue mayor cuando las vieron casi desnudas, junto al agua.

—¡Esto es el paraíso! —exclamó Jerry.

Bara, llevando un escueto «bikini», le sonrió.

—¿Le parece a usted el paraíso?

—¡O el infierno! —dijo Sullivan, el bajo de la orquestina—. ¡Es una desesperación tanta mujer hermosa!

Había también muchos hombres, de tipo atlético, cubiertos por un taparrabos. Todos tenían la piel bronceada.

—Nos llevan la delantera —comentó Sarbin—. Nuestra piel es demasiado blanca. ¡Nos falta sol!

Bara, mirando hacia la escalinata, dijo:

—La piel de sus amigos no es tan blanca.

Se refería a Hal y a Yeri. En ese momento descendían, acompañados por Niles Glauber.

La muchacha llevaba un gorro de goma, apresándose el cabello. Se cubría con un blusón que apenas le llegaba a los muslos.

Lo llevaba abierto y se podía apreciar su piel bronceada. Lo mismo ocurría con Hal. Éste sólo llevaba el pantalón de baño y mostraba el torso atlético, rubricado por una cicatriz. Era el recuerdo de Vietnam.

Bara, mirándolo, dijo:

—He aquí una sorpresa: un hombre con talento y con cuerpo perfecto.

Jerry rompió a reír.

—Es que Hal es un ejemplar fuera de serie —y aludiendo a los hombres que había cerca del mar—: ¿Son burros todos los que hay allí?

—Eso dice Niles —contestó Bara.

Niles Glauber, que vestido resultaba una figura apuesta, ahora, con sus piernas delgadas y velludas, daba el efecto de un saltamontes.

Bara no perdía ocasión para humillar a Niles.

—Una pareja perfecta. ¿No crees? —preguntó, cuando los tres estuvieron cerca.

Y con los ojos pareció acariciar el cuerpo de Hal.

Era una revancha. Lo miraba con el mismo deseo con que Niles miró a Yeri la primera noche, en Las Vegas.

La muchacha se dio cuenta de que Bara trataba de ridiculizar a Niles y, cogiendo del brazo a Hal, dijo:

—¡Vamos a bañarnos!

Echaron a correr. Cerca de la playa Yeri se quitó el blusón. Su bronceada figura quedó solo con el dos piezas.

—¡Perfectos los dos! —exclamó Bara—. ¡Y los dos tienen talento...! Luego, tu regla falla, Niles.

Niles Glauber miraba a la pareja. No pareció oír a Bara. Los compañeros de Hal se habían alejado.

—Ahora te introducirás en el agua —dijo Niles, en tono de mando—. El «señor» está esperando. Llevarás a Yeri al sitio.

Explicó lo que tenía que hacer. Bara lo miró, atónita.

—¿Os habéis vuelto locos? ¿A plena luz, quieres que esa chica vaya a donde él espera? ¡Se darán cuenta!

Niles esbozó una fría sonrisa.

—¿Y qué? Mira a los músicos. Ya están acorralados.

Dentro del mar, o en la orilla, cada uno del grupo tenía a uno o dos individuos vigilándolos. Las mujeres procuraban atraer su atención, recorriendo a toda clase de provocativas actitudes.

El agente Sarbin comentó:

—Nunca en tan poco espacio he visto a tantas mujeres hermosas. ¿Dónde estamos?

De haberle oído su jefe, el inspector Gerson, le habría contestado: «En el harén del diablo».

Bara, nadando, se acercó a donde estaba Yeri. —¡Sígueme! Y procura no llamar la atención. La muchacha, sin dejar de bracear, preguntó—: ¿Qué ocurre?

—Alguien quiere hablar contigo. Si estimas a Hal, sígueme, pareciendo que lo haces por tu voluntad. A su alrededor tiene a hombres vigilándolo.

Yeri, nadando, miró atrás. Todo parecía normal. Unos estaban en el agua y otros en la orilla, de pie o sentados en la arena.

Bara fue nadando hacia la orilla. Yeri la siguió. Salieron, la piel brillante. Las dos se quitaron el gorro de goma.

Yeri tenía los cabellos más largos. Apenas soltárselos, le cubrieron los hombros.

—Allí —dijo Bara, mientras se esponjaba la cabellera.

Indicaba los macizos que había a un lado del edificio. A la sombra de unos árboles, había un hombre sentado.

Era Robt Carver. Se hallaba en un sillón de mimbre. Permanecía erguido y los dedos no cesaban de moverse, siguiendo las

hendiduras que formaba el trenzado del mimbre.

—Sigue adelante. Quiere verte sola —dijo Bara.

Yeri se volvió lentamente, para mirarla.

—¿Y si me niego?

—No te lo aconsejo. A pesar de que no me siento tu amiga... Mira a Hal. Está rodeado de hombres, tan fuertes como él. Cualquiera de ellos puede golpearlo y dejar que se ahogue... Suelen ocurrir accidentes.

Yeri miró al sitio donde estaba el joven. Se hallaba separado de sus compañeros de grupo. Todos tenían su cerco. Era una agresividad muda, transmitida por miradas. Si algún músico intentaba caminar hacia un sitio que a los guardianes no les convenía, surgía enseguida un individuo, que se le colocaba delante, cortándole el paso.

Estaban inmovilizados. Y mientras, las mujeres de explosiva belleza iban de un lado a otro, con movimientos lascivos.

Yeri tiró el gorro de goma y avanzó hacia Robt Carver.

—¿Qué clase de anfitrión es usted, señor Carver? —preguntó, avanzando casi desnuda.

Los ojos hundidos de Robt recorrían la bella figura.

—¿Qué le molesta, señorita Terman? ¿Le ha dicho alguna inconveniencia esa mujer? —Por primera vez, Robt Carver sonrió—. No lo tome en cuenta. Bara está celosa... Por dos motivos: uno, porque su amigo Niles está obsesionado por usted. Otro, porque Bara quisiera sentirse besada por Hal... ¿No lo cree?

Yeri se mantuvo erguida frente a Carver.

—¿Sólo para mirarme me ha hecho venir?

—Para contemplarte... y para hablar. Ahora podemos hacerlo con entera libertad. Has estado en el agua... Las pilas de las micro-emisoras no han podido resistir el agua del mar. Podemos hablar... ¿Qué te dijo Meckie de mí?

—Nunca lo nombró.

—¿Ni Perle?

—Tampoco.

Robt Carver hizo una mueca.

—¿Y por qué esa manada de federales a vuestro alrededor? No intentes disimular. Hace tiempo que me burlo de ellos. Hubo un tiempo en que los temía. Pero eso ya pasó. Como pasó el que yo

fuera un instrumento de los demás. Ahora soy yo quien da órdenes.

—¡De matar a traición, como ocurrió con Perle!

—Fue un accidente.

—¡Confiesa que usted dirigió el atentado! —exclamó Yeri.

—¿Y por qué no? Nadie nos oye y tú, cuando dejemos de hablar, guardarás silencio. Callarás, como callan aquellas mujeres que hay en la orilla. Como calla Niles Glauber. Como callan otros que están bajo mi poder. Todos éstos están sujetos por pruebas comprometedoras. Ahí tienes a traficantes en drogas, a complicados en delitos de sangre. De todos, guardo pruebas. Y ahora tú vas a integrar el grupo.

Yeri se mantuvo con un gesto desafiante.

—¿Me tiene cogida del cuello?

—Sí. He dejado que grabarais los discos. Yo mismo he influido para que os ofrecieran un tentador contrato. El porvenir puede ser vuestro, y tú no querrás que el compositor de tan bonitas canciones deje de existir. Un día, en el momento en que menos podía esperarlo nadie, el piano podría estallar. ¿No lo crees?

Yeri palideció.

—¡Usted es un loco!

—No. ¿Por qué? Simplemente, me divierto. Me da placer que otros obedezcan órdenes que tal vez les desagradan. La misión que tengo reservada para ti es bien sencilla. Me habrás visto todas las noches acompañado de tres hombres, uno muy grueso. Los tres acudirían al sitio que tú les indicaras. Y eso lo harás. Sin peligro para ti. Ninguno llegará a besarte... Te escabullirás en el minuto preciso... Y se acabó. Uno por uno, caerán los tres.

—¿Qué tiene usted contra ellos? Son sus amigos.

—Yo no tengo amigos. Todo el que vive es mi enemigo.

—¡Usted es un amargado!

Robt Carver asintió, con varios movimientos de cabeza.

—¡Ya comprendo por qué lo llamaban «Siempre Sí»! —exclamó Yeri.

Robt Carver pareció haber recibido un latigazo. Iba a levantarse, transfigurado por la ira. Por unos instantes, su rostro amarillento se coloreó.

Pero quedó sentado, aplicándose una mano al corazón.

—Yo era «Siempre Sí»... Yo era el que lo aceptaba todo de los

que consideraba superiores a mí. ¡Yo era un pobre diablo! ¡Nadie había superior a mí! ¡Nadie! ¡Lo he demostrado! ¡Me burlo de las Leyes, sin que nadie pueda hacer nada contra mí! ¿Y sabes por qué? ¡Porque «Siempre Sí» ya sólo es una negativa! ¡Todo lo niego! ¡Todo lo destruyo!

Yeri permanecía con la cabeza inclinada, los cabellos sobre los hombros desnudos.

—¿Qué le hizo cambiar?

—Algo que ocurrió una noche... en el club donde murieron dos traicioneros... Donde Perle fue alcanzada... Allí había otro club. Se llamaba «El Guante»... Allí había una chica como tú... Para ella yo era un «Siempre Sí» total. Pero fallé aquella noche. Mi jefe, Tony Nagler, me dio una orden... Y no me negué a cumplirla. Salí del local, a pesar de que presentía que ésa, noche iba a ocurrir algo... Cuando regresé, mi chica estaba acribillada, en medio de unos cuantos rufianes...

Otra vez Robt Carver se puso una mano en el pecho. Hizo una pausa.

—Semanas después, terminé con Tony Nagler. Lo hice tan bien, que pareció un ajuste de cuentas de pandillas rivales. Yo desaparecí con lo que pude arrambarle al jefe... Ése fue mi primer paso acertado.

—Muchos pasos ha debido dar así, para llegar a esta posición...

—No. Tenía dinero y relaciones. Supe manejar los naipes... Solamente me he burlado de la ley y de sus perros, cuando me he sentido fuerte. Hace tiempo que mis subordinados se mueven, llevando la muerte a los que tengo en mi lista negra... A ti te encargo a Jack Opler, a Bruce Lund y a Edward Herrman. Los que me han acompañado todas las noches al «Diamond Night».

Yeri esperó unos momentos. Como Robt Carver se mantuviera callado, preguntó:

—¿Eso es todo?

—De momento todo.

—¿Por qué me ha dicho cosas que tanto le comprometen?

—Porque disfruto diciéndolas. Aquí puedo hablar. Todo este terreno, todos los rincones de la casa están bajo mi control. ¿Qué puedes decir tú de lo que hemos hablado? Peso demasiado para que te crean.

Yeri levantó los brazos, como desperezándose.

Era la señal que estaba esperando Hal.

—¿Sabe lo que hago? —preguntó Yeri—. Estoy llamando a Hal.

—No podrá acercarse. Lo vigilan dos hombres fuertes.

—¿Está seguro?

—Los estoy viendo. Puedes mirar.

Yeri bajó los brazos, se arregló el cabello, manteniendo cubiertos los dos lados de la cara y se volvió.

Hal salía a la orilla. Dos hombres fornidos le seguían. De propio. Ward se volvió contra uno.

Levantó una mano, dándole de canto en la nuca. El individuo cayó fulminado.

Se volvió contra el otro. Éste ya estaba preparado e intentó esquivar el golpe que parecía iba a dirigirse al joven. Pero sólo era una «finta» y cayó en el engaño.

Al intentar esquivarlo, fue a colocar, la cabeza donde Hal lo esperaba. Y cayó de bruces.

Ward echó a correr hacia donde estaban Yeri y Robt Carver.

—Aproveche estos segundos, Carver. Si tiene una pistola a mano, dispare —dijo Yeri.

—Yo nunca llevo armas. Ésa es mi mejor coartada. ¿Y qué va a ocurrir ahora? Estábamos hablando. Nada más hablando.

Hal llegó. Lo primero que hizo fue mirarle el cabello a Yeri.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Estábamos conversando —contestó Robt Carver.

—Una conversación muy «completa» —agregó Yeri.

—Mire allá —dijo Carver—. Todos están pendientes de lo que aquí ocurre. Será muy difícil que sus amigos puedan alcanzar la casa. No todos deben ser maestros en «karate».

—Quizá hay alguno que sí lo es —contestó Hal—. Pero no habrá necesidad de que ellos se empleen a fondo. ¡Vamos, Carver! Usted va a ser nuestra garantía. Nos hemos hartado de su «hospitalidad». Haga señas para que sus perros suelten a mis hombres. De lo contrario...

Levantó una mano, amenazándole la nuca.

—¿Lo haría? —preguntó Carver.

—No. Sería un final demasiado rápido. Es mejor esto —y mostró un estilete—. Se lo he quitado a uno de sus lobos. El último que ha

caído.

Y aplicó la punta a una mejilla.

—¡Dé la señal para que uno de sus coyotes se acerque!

Tras un breve silencio, Robt Carver dijo:

—No tengo inconveniente en que se vayan —y miró a Yeri—. Ningún inconveniente.

Se levantó, sacó un pañuelo y lo movió. Niles Glauber fue acercándose, con sus piernas delgadas y velludas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Glauber.

Antes de que Carver contestara, lo hizo Hal:

—El «señor»... Digo el señor, va a darle una orden.

Que de nuevo recalcara el vocablo que él solía emplear para aludir al jefe, hizo palidecer a Glauber.

—Quieren marcharse. Yo les digo que, por mí, no hay inconveniente —declaró Carver.

—Ya lo ha oído, Glauber —dijo Hal—. Anuncie a todos que el «señor» autoriza nuestra marcha.

Niles iba a alejarse, cuando notificó:

—Jake Opler y los otros dos acaban de llegar.

Los otros dos eran los «gángsters» de tipo achulado.

—Muy bien. Aún tendrán tiempo de contemplar a esta belleza —contestó Carver.

—Poco verán —replicó Hal—. Dígale a Sarbin que venga. Y que traiga el blusón de Yeri, que ha quedado en la arena.

Robt Carver movió la cabeza, asintiendo.

—Pero examine esa prenda, Glauber, no sea que lleve algún «bicho» —dijo Hal, en tono burlón.

Niles se alejó.

—Os sentís muy seguros —comentó Carver.

—Lo estamos —manifestó Hal.

—No tanto. Ya veréis.

Sarbin se acercaba. Ward, cuando lo tuvo cerca, le dijo:

—Que te entreguen armas. Llévalas a la habitación donde me he desnudado. Cuando esté todo listo, asómate al ventanal.

El agente músico se alejó. Ya los del grupo iban encaminándose a la casa.

Junto al mar, quedaban las mujeres. En la escalinata aparecieron el gordo Jake y los dos inseparables Bruce y Edward.

—Ha habido muchos atentados, en los que siempre ha estado relacionada alguna mujer como ésas —dijo Hal—. Da el efecto de que los preparaba alguien que deseaba oír la muerte, en el instante en que su víctima se sentía más contenta. A alguna de sus víctimas las ha oído por teléfono, riendo. A otras, por medio de emisoras microscópicas. Este refinamiento, ¿se debe a un loco?

No miraba a Robt Carver. Permanecía a su lado, el estilete en la mano que quedaba más cerca de la cara del «gángster».

En un ventanal asomó Sarbin, mostrando dos metralletas.

—Ahora nos acompañará al interior de la casa, Carver.

—¿Y por qué no? Soy vuestro anfitrión.

Robt Carver se levantó. El blusón que había traído Sarbin estaba todavía en el suelo.

Yeri iba a inclinarse para recogerlo y cubrirse, pero Hal dijo:

—Espera. ¿Por qué no tienes que seguir luciendo tu belleza? Nuestro anfitrión empieza a ser amable. Cambiaremos de plan.

Corrió hacia el ventanal donde estaba Sarbin.

—¡Interpretaremos la canción tres! —gritó.

Sarbin vaciló unos momentos.

—¡Dirijo yo! —advirtió Hal en tono de mando—. ¡He dicho la tres!

Sarbin asintió, preocupado y le arrojó la metralleta. Ward la cogió al aire.

Sarbin desapareció del ventanal.

—¿Se comunican en clave? —preguntó Carver zumbón.

¿Y por qué no? Supongo que su casa y este jardín está avivado de micrófonos.

—Tal vez.

Hal, con la metralleta, se encontraba de nuevo cerca del «gángster».

—Esperaremos un poco —dijo Hal—. ¿Por qué no hablamos de Perle? Usted la conocía...

—Bastante.

—¿Qué tenía contra ella?

—Nada. No valía la pena... Ella misma se destruía. Hubo un tiempo, cuando ella era joven, en que me sentí molesto por su indiferencia. Por métodos «legales», la castigué. Hice que la aconsejaran mal en inversiones de bolsa. Fue el principio de su

cuesta abajo...

Sarbin apareció por un lado del edificio, empuñando una metralleta. Hal soltó una maldición.

—¿Algo va mal? —preguntó Carver, irónico.

Ward no le contestó. Mirando a Sarbin, que se acercaba sin dejar de dirigir miradas al edificio, lo increpó:

—¡Se me tiene que obedecer! ¿Qué ha ocurrido?

—Todo bien, Hal. Ya han salido todos... en un solo coche.

Robt Carver soltó una risa que parecía un ronquido.

—¿Llegarán lejos? Si quieren salvar a sus compañeros, suelten esas armas. Ordenaré a mis hombres para que salgan detrás y los detengan.

—¿Hay algún explosivo aplicado al coche? —preguntó Hal.

—A todos los coches.

—Contando con eso, hemos utilizado el coche del gordo Jake, que acaba de llegar —dijo Sarbin.

También ése lleva su carga. Mis muchachos ya habían visto que me estaban amenazando.

¡No lo creas, Hal! —exclamó Sarbin, impresionado—. ¡Ya hubiera estallado!...

¡Oh, no! —dijo Robt, riendo—. ¡No me hagan tan tonto...! El explosivo está sincronizado a un determinado tiempo, desde el momento que arranca. Se pueden hacer muchas millas..., pero no tantas como para llegar a la ciudad. Estallará en el camino...

Robt Carver consultó el reloj.

Ya han transcurrido unos tres minutos desde que el coche ha podido arrancar —dijo, recreándose—. Deben darse prisa en soltar las armas para que yo de la señal a mis hombres y salgan a salvarles...

—¿De cuántos minutos disponen? —preguntó Hal.

—Ahora —volvió a mirar el reloj— de ocho. Habría que correr bastante. ¿Sueltan las armas?

—No. Va a acompañarnos allí —contestó Hal, señalando el mar.

—¿Para qué?

—Vamos a salir por allí. Usted vendrá con nosotros.

—¿Pretenden que me eche al agua?... ¡Ustedes no podrán sortear esas dos murallas! ¡Están mar adentro! ¡Y por muy buenos nadadores que sean, al represe, mis hombres estarán

esperándoles!...

—Puede aparecer una lancha —contestó Hal—. ¡DEBE APARECER UNA LANCHA!

Lo gritó colocándose cerca de Yeri. Robt Carver lo miró, con un brillo en los ojos que traslucía una demoníaca alegría.

—¡Está desesperado! ¿Verdad? ¡Por sus compañeros y por usted mismo! ¡Mire a Yeri! ¡Ella también le mira! Los dos encierran fuerza, vida...

—Y usted, sólo muerte, Carver —contestó Hal—. Conocemos el diagnóstico de sus médicos. Su enfermedad también está sincronizada. Pero a un reloj de fechas... ¿Quiere que le diga los meses que le quedan?

Robt Carver teñía ahora el rostro blanco. Los ojos, más hundidos. Daba el efecto de una calavera, revestida de piel arrugada.

—... Me queda... suficiente tiempo... para destruir...

—¡No hará nada ya, Carver! —le interrumpió Hal—. Yeri...

La muchacha se volvió para mirarlo de frente.

—¿Qué, Hal?

—Puedes recoger el blusón. Ahora, sí...

Yeri pareció vacilar.

—Ahora, sí —repitió Hal.

Robt Carver miró el reloj.

—¡Transcurren los minutos!

Yeri fue lentamente a donde estaba el blusón. De lado a Carver, empezó a inclinarse. Su cuerpo quedó arqueado, los brazos colgando.

El cabello se le volcó por delante dejando al descubierto la nuca, las orejas...

Robt Carver pareció que fuera a disparar los ojos. De la profundidad de las cuencas avanzaban, desmesuradamente abiertos.

Inclinada Yeri fue girando, para que Carver le pudiera ver el otro lado de la cara.

En ambas orejas había pendientes que tenían complicadas formas. Lentamente Yeri fue incorporándose. Ya erguida, hizo un movimiento con la cabeza y el cabello saltó atrás. Enseguida colgó por los lados, cubriéndole parte de las mejillas.

—¡Mentira! ¡No han funcionado! ¡Ella no se ha acercado a nadie

desde que salió del agua! ¡Ni ha recogido nada!

—Estaba previsto el daño que el agua pudiera hacer a las pilas —contestó Hal—. Mientras se quitaba el gorro yendo con Bara, ha podido despegar el precinto contra la humedad. ¡Han funcionado, Carver! Y todo lo más a unos cinco metros de este muro —señaló el más próximo— y de aquel otro.

Ahora, con la metralleta, apuntó al que estaba al otro lado de la villa.

—¡No hay escuchas! ¡Imposible! ¡Mis hombres los hubieran visto!

—No habrán visto a nadie. Pero sus lobos no se habrán entretenido en escarbar entre las matas. De murallas afuera, hay instalaciones realizadas la noche pasada, con el mayor sigilo. El inspector. Gerson tenía dispuesto un hábil equipo de técnicos. Todo lo que usted le ha dicho a Yeri ha sido registrado. ¿Le ha hablado de algo importante, Carver?

Durante unos momentos, el «gángster» no hizo más que mirar el reloj.

En la puerta de la casa no se veía a nadie. Se adivinaba que todos estaban esperando una señal del jefe.

—No mire el reloj —dijo Hal—. El coche en que iban nuestros amigos habrá sido parado a unas dos millas de aquí. Estos lugares están llenos de policías...

—¡Mienten! ¡Y aunque haya policías, eso no ha funcionado! —señaló el cabello de Yeri, que cubría las micro-emisoras.

Hal hacía esfuerzos por mantenerse tranquilo. La realidad era que lo poseía una mortal angustia.

Todo se lo habían jugado a una carta. Quizá el técnico que preparó las arracadas tuvo algún fallo. También Yeri podía haber cometido algún error, al quitarles el precinto...

Ward miraba los extremos de las murallas que se adentraban en el mar. ¡No aparecía ninguna lancha!...

Robt Carver intuyó las dudas que torturaban al joven y rompió a reír.

—Ahora, ¿qué? ¡Podéis matarme! ¿No son unos meses lo que pierdo? ¿Y vosotros? ¡Tenéis la popularidad en las manos! ¡Vuestros discos se venderán más, cuando se sepa vuestra muerte! ¡Estáis llenos de vida! ¿Quién pierde más?

—Camine hacia la playa, Carver. Usted no morirá. Uno de nosotros procurará sacarlo con vida... Y soportará esos meses aguantando el dolor crudo, sin el consuelo de las drogas. Sentirá las fieras royéndole por dentro. Camine...

Le había apoyado la metralleta a la espalda.

—¡No me moveré! ¡Disparad!

—Lo llevaremos a rastras.

—¡Daré la señal! ¡Mis hombres me liquidarán, con vosotros!

¡No lo harán, Hal! —dijo Yeri—. ¡Todos ellos están cogidos por esta fiera! ¡Saben que, si muere, saldrán a relucir pruebas que Carver tiene contra ellos!

—Eso suponía el inspector Gerson —dijo Hal—. Usted va a ser nuestro escudo.

Pero Sarbin, obedeciendo a una seña de Ward, vigilaba la parte posterior del edificio. Simulaban que iban a dirigirse al agua, mas sólo era una añagaza.

—¡Ahora! —dijo Hal, cogiendo a Carver por la cintura.

Retrocedió hasta los árboles. Yeri les siguió. Sarbin se colocó tras otro árbol.

Varios individuos se deslizaban al amparo de un macizo, todos armados.

No los vieron retroceder. Avanzaban rodeando el macizo, creyendo que iban a sorprenderlos yendo hacia el mar.

—¡Están aquí! —gritó Carver.

Hal le dio en la cabeza con la culata del arma y apretó el gatillo. Robt Carver cayó de bruces, inconsciente.

Las dos metralletas habían entrado en acción. Hal se convenció enseguida de que Sarbin era mucho mejor tirador que músico.

Una hilera de «gángsters», entre los que se hallaban Bruce Lund y Edward Herrman, cayeron punteados por los proyectiles.

Cuatro individuos retrocedieron, disparando. Por la puerta que daba al mar y desde varias ventanas, empezaron a salir disparos.

Tiraban alto, temiendo alcanzar a Robt Carver.

—¡Es nuestro escudo! —repitió Hal.

Yeri no apartaba la mirada del mar.

—Los ojos se te van a volver más verdes —bromeó Hal.

La muchacha se volvió, para mirarlo atónita.

—¿Cómo tienes humor?...

Hal movió los hombros.

—En Vietnam era peor.

Ahora ya no disparaban desde las ventanas. Todos los situados arriba se habían retirado.

—¡Están saliendo coches! —advirtió Sarbin.

—¡Como no se acuerden de los «artefactos», no irán tejos! —comentó Hal, sintiéndose por momentos más seguro.

Tres coches salieron. De pronto se oyeron ráfagas de ametralladoras, pero fuera de la finca.

—¡Hal! ¡Vuélvete! —pidió Yeri.

Por los dos extremos de las murallas, aparecieron lanchas motoras. Enseguida viraron, enfilando la playa.

Empezaron a saltar hombres de uniforme y de paisano, todos con metralletas.

Por la parte posterior, por donde salieron los coches, avanzaban más policías. Enseguida rodearon el edificio.

Robt Carver despertó cuando ya la casa estaba invadida por la policía.

—Mire allí, Carver —dijo Hal—. Están desalojando su harén... Las mujeres iban saliendo, algunas solamente con un blusón encima. Después salieron algunos hombres.

Uno era el gordo Jake Opler. Era el que parecía más tranquilo.

—Yo soy un invitado del señor Carver.

—Estamos enterados —contestó el inspector Gerson—. Un invitado al que Carver preparaba una buena «fiesta» con una, muchacha muy bonita. Ya oirá la cinta donde se ha registrado el plan que Carver le proponía a Yeri...

Esto pudo oírlo Robt Carver.

—Funcionó —dijo Hal, irónico—. Y tendrá que sacar todas las «pruebas» que tiene contra sus subordinados.

En el grupo de hombres se encontraba Niles Glauber, muy pálido, mirando a Carver, amenazador.

Esa mirada convulsionó a Carver.

—¡Pobre diablo! ¿Qué puedes hacer contra mí? —gritó Carver—. ¡Yo me voy..., pero muchos me seguiréis! ¡Inspector Gerson!

—¿Qué? —El inspector fue acercándose.

—¡Propongo un trato! ¡A cambio de las «pruebas» que tengo contra esa gente y otros que no están aquí... quiero que se me den

las atenciones que mi enfermedad merece!

—¿Se refiere a los sedantes? Ya se verá si merece un trato humano...

—¡Le entregaré las pruebas ahora mismo! ¡Están aquí!

—¿Dónde?

—¡Ahí dentro! ¡Venga conmigo!

El inspector, seguido de otros agentes, le acompañó. Hal y Yeri entraron también, para vestirse.

Al llegar a la habitación de la muchacha, se abrazaron. Yeri rompió a llorar, temblando.

—¡Ha sido horrible!... Ahí abajo está... el de los ojos saltones...

Se refería a Darvi. Estaba entre los que fueron abatidos por las metralletas, junto al macizo.

—¡Olvídalo! Los compañeros detuvieron el coche apenas salir de aquí. Ha sido quitado el artefacto y se dirigen a la ciudad, custodiados. Nosotros nos iremos enseguida... Vístete.

Iba a hacerlo, pero Hal dijo:

Espera... Quiero verte una vez más.

Apenas pudieron mirarse. Estrechamente abrazados, dijo él:

—¡Estoy enamorado de verdad Yeri!

—¡Y yo!...

—¡Nos casaremos tan pronto lleguemos a la ciudad! ¡Y desapareceremos por unos días! ¡Te veré así... horas y horas!...

Sarbin se anunció, tosiendo.

—¡Salid cuanto antes! Carver ha señalado el sitio donde guarda las pruebas. Es un sótano. Hay que levantar unas losas... Pero se han detectado explosivos. Carver preparaba esa última jugada, pero le ha fallado...

Yeri se enfiló un pantalón y el jersey. En unos segundos los dos estuvieron vestidos.

El inspector Gerson subía la escalera cuando bajaban los tres.

—¡Deprisa! ¡Toda la casa está llena de endemoniados artefactos! Se necesitará tiempo para trabajar con seguridad.

Salieron. En el jardín había grupos de mujeres y hombres detenidos.

—¿Todos estarán comprometidos? —preguntó Hal.

—Algunos han actuado bajo extorsión. Ya se verá —contestó el inspector.

Cuando, ocho días después, se pudieron sacar las confesiones que los interesados habían firmado, salieron delitos que sólo merecieron reducidas condenas.

Pero había otros que acarrearón condenas perpetuas y tres penas de muerte: contra Carver, Glauber y el gordo Jake.

Pero Robt Carver ya estaba sentenciado antes de que lo detuvieran. Pereció, roído por la inexorable enfermedad, dos meses antes de que fuera ajusticiado.

—Ahí tienen un coche esperándoles —les dijo el inspector.

—Gracias —contestó Hal—. Pero nos vamos por el mar.

Sarbin ya sabía el propósito de la pareja y se había adelantado, para ocupar una lancha motora.

—¿Por qué? —preguntó el inspector, al ver que estaban dispuestos a irse en la lancha.

—Porque vamos a casarnos. Y es cuando se está a las puertas de la felicidad cuando Carver hace sus demoníacas jugadas. ¡Nada de coches! ¡Nos vamos en la lancha de la policía! Es lo que no ha tocado el diablo...

Cuando la lancha motora arrancó, mar adentro, el inspector Gerson, en un impulso de superstición, exclamó:

—¡Que no choquen con una mina!...

Una hora más tarde, la pareja le telefoneaba desde San Francisco.

—¡Nos hemos casado! ¡Desapareceremos por unos días! Ya puede disponer de Sarbin —esto lo dijo Hal.

—Ha sido nuestro padrino, en representación de usted —manifestó Yeri.

—¡Bien pudieron esperarme! —rezongó el inspector.

Se oyeron risas. Luego cogió otro el aparato.

—¿Inspector? Soy Sarbin. No lo han esperado porque tenían «prisa». ¡Mucha «prisa»! ¿Me oye?

—¡No estoy sordo!

—Cuando usted diga, volveré al Departamento... Pero no me harán soltar esto.

Y se oyeron estridentes sonidos de la guitarra eléctrica.

—Ni esto.

Le tocó el turno al clarinete.

El inspector no esperó la trompeta. Antes colgó...

FIN

TESOROS OCULTOS



... la mano atrevida que las arranque de su escondrijo de siglos.

San muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





FUNERAL PARA UNA VENUS

por
BURTON HARE

Paul saltó como impulsado por un resorte. Su puño derecho subió como una centella en busca del prominente mentón de Joe, donde estalló como una carga de dinamita.

El fotógrafo dejó escapar un grito de dolor. La fuerza del impacto le proyectó hacia atrás, haciéndole saltar por encima del respaldo de la butaca, que cayó con él produciendo un fuerte estrépito.

Temblando de ira y excitación, Paul masculló:

—No voy a desperdiciar más palabras contigo. Vas a lamentar haber sido un indecente bastardo toda tu vida...

FUNERAL PARA UNA VENUS

un nuevo éxito de

BURTON HARE

Sale dentro de siete días en esta Colección

¡No pierda la ocasión de leerlo!

La revista de la canción



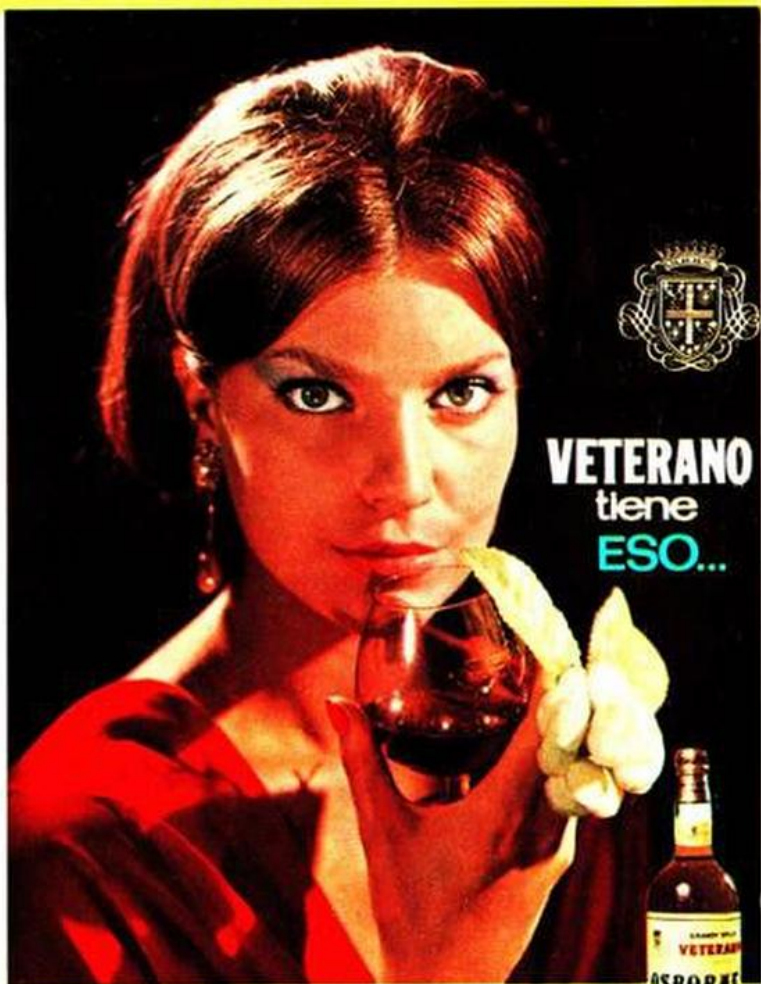
es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

OSB

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE Fundada en 1772